



AÑO IX.

Madrid, 16 de Setiembre de 1884.

NÚM. 20.

DIRECTOR:

EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Ses meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Ses meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Ses meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calle de Villanueva, 6, bajo dra.

A donde se dirijirán los pedidos de suscripciones.

SUMARIO.

Cria caballar.—Grano y semillas, por C. A.—Alimento económico para los caballos, por C.—También en la caza anda el amor, por D. Pedro Manuel de Acuña.—Los caballos de Homero, por Le Jockey.—Combate de un perro y un hombre sin piernas, por Jock.—Sport, por D. Rafael de la Viesca.—Viaje de un Cometa.—Paris-club, por Habagás.—Crónica general: Ecos de todas partes, por el Marqués de Fuente-Linda.—Noticias generales.—Carreras de caballos extraordinarias de Portugal.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Registro-matricula de caballos.—Anuncios.

CRÍA CABALLAR.

III.

Á menudo se oye decir que la cría del puro sangre no prestará verdaderos servicios hasta el día en que se llegue á no emplear sino caballos exentos de todo defecto hereditario. Los que sientan tal principio, es decir, los criadores de media sangre, deberían ser los primeros en dar el ejemplo y áun deberían llegar á un acuerdo sobre el sentido de estas palabras: «defecto hereditario.» No conozco peores que la debilidad y defectos de constitucion, y el momento ideal en que la cría del puro sangre llenaria plena y completamente su alta mision, llegaria, en mi opinion, sólo el día en que ninguna yegua que deje algo que desear con relacion á la salud, se emplee en la reproduccion. Pero el solo medio de saber á que atenerse con relacion á los miembros, estómago, nervios y temperamento, el solo exámen práctico, mientras no se encuentre un sistema más completo, es la prueba pública en el hipódromo.

Una yegua que se ha presentado varias veces con honor en público, *Fil and Well*, á la edad de dos ó tres años, áun sin haber obtenido grandes éxitos, puede ser considerada como sana, y hay muchas probabilidades para que lo sea realmente: ahora bien, de una yegua sana, salvo accidente, se deben esperar productos sanos. Ciertamente hay excepciones á esta regla, como en todas, y se ven yeguas despues de haber respondido á todas las exigencias, dar productos que dejan mucho que desear bajo este punto, sobre todo si la madre ha

corrido mucho tiempo. Pero sólo debe considerarse el conjunto. En cuanto á las consecuencias de una preparacion muy prolongada, debo decir, que, segun nuestras observaciones, son en general de ménos importancia en las yeguas de puro sangre que en las de media sangre. Así se ha visto yeguas como *Alice*, *Hawthorn*, ó *Beeswing*, correr hasta los ocho ó nueve años y llegar á ser yeguas de vientre ilustres. No son evidentemente casos muy ordinarios, pero no tan aislados como podria creerse.

Soy de opinion que la preparacion no debe prolongarse más allá del cuarto ó quinto año, y prefiero para la cría las potrancas que no están en calor durante la preparacion. No hay razon para temer no poderlas utilizar como madres; yo las he visto á veces, cuando se las llevaba al haras, quedar llenas desde el primero ó segundo salto, y conservar despues, durante su larga carrera, esta excelente costumbre.

Ciertamente es tan difícil en la práctica excluir completamente todas las yeguas no probadas, ó que dejan algo que desear bajo el punto de vista de la salud, como aquellas cuyos defectos ó imperfecciones son visibles, quiere decir sencillamente que su empleo es la principal causa que impide á la cría del puro sangre alcanzar el objeto de su ideal.

Comprar yeguas para criar un haras ó para llenar los huecos que allí se producen, no es una tarea fácil, cuando se quiere proceder de una manera racional y hacer el éxito, no solamente posible sino probable. Si se quiere dejar á un lado las yeguas que no han corrido bien ni producido vencedores, queda apenas la décima parte de las que se presentan. Hé aquí las principales consideraciones que deben guiar al comprador para escoger en este lote escaso.

1.º Asegurarse de que la jóven yegua no se alimenta ni mal ni demasiado bien; una y otra cosa son malas para la reproduccion.

2.º Si su madre ó abuela han tenido otros productos que hayan aparecido en los hipódromos, esta circunstancia debe realzar su valor. Mientras

más numerosos sean sus hermanos ó primos que hayan hecho sus pruebas de fuerza y salud, es mejor. Pero si en una familia numerosa la yegua en cuestion es la sola que haya corrido, no conviene precipitarse mucho en comprarla.

3.º Es preciso tener en cuenta todas las particularidades propias de la familia, en lo que concierne al temperamento, órganos de respiracion, cascos, defectuosidades ordinarias, el estómago, los nervios, etc.

4.º Cuando las yeguas han tenido ya productos, es preciso asegurarse con gran cuidado que ningun accidente sobrevenido cuando han parido pueda ser obstáculo á su ulterior fecundacion. En este caso, no conviene á ningun precio.

5.º Es preciso examinar igualmente la teta para ver si está bien conformada. Viendo si el último potro se alimenta bien, se asegura uno de que la madre está bien sana. De la cualidad de la leche depende frecuentemente el porvenir del potro, y la cuestion de saber si llegará á ser un caballo de carrera, ó bien un animal miserable y mezquino. Á veces se ven los productos que aparentan ménos, desarrollarse con una rapidez increíble cuando la leche de la madre es de excelente calidad, y al contrario, se ven muchas yeguas que tienen todos los años magníficos productos, que se los ve deshacerse, mientras son potros de leche, como la manteca al sol. Á tales yeguas conviene quitarles los potros cuando nacen para confiarles á otras, si pueden procurarse.

6.º Es preciso no comprar las yeguas que hayan abortado varias veces, no hayan sido llenas ó hayan parido gemelos.

7.º Las yeguas cortas y altas de piernas tienen generalmente potros pequeños, porque falta el espacio para el desarrollo del producto.

8.º No me gusta mucho para la reproduccion que las crines sean demasiado abundantes, la cola larga y espesa. Sementales ó yeguas dan en estos casos de ordinario poco nervio y nobleza á sus productos. Una cola de rata es evidentemente poco graciosa, pero ¿qué raro es encontrar un mal caballo con cola de rata!

Sería muy difícil enumerar todos los escollos en que puede caer el comprador de yeguas. Se necesita el ojo del ganadero que conoce por experiencia lo bueno y débil de la cuestión.

¿A qué edad posee una yegua la mayor fuerza de trasmisión? Esta es una pregunta á lo que no me atrevería á contestar aproximativamente. Las más ilustres presentan sobre esta cuestión extremas diferencias; pero con razón se desconfía de los productos de las yeguas muy viejas. Pero áun bajo este punto de vista hay, sin embargo, numerosas excepciones, tales como *Araucaria* (madre de *Stephanotos*, *Wellingtonia*, *Catulpa*, *Camelia*, *Chamant*, *Rayon d'Or*); *Pocahontas* la dió á luz á los 25 años de edad.

Pocahontas, al contrario, era el primer producto de *Marpessa*, que era á su vez el primero de *Clave*. Por otra parte, es sorprendente que entre los vencedores de las cuatro carreras clásicas haya tan pocos primeros productos. Así desde casi un siglo el Derby no ha sido ganado sino tres veces por un primer producto, á saber: en 1795, por *Spread Eagle*; en 1852, por *Daniel O'Rourke*, y en 1855 por *Wild Dayrell*. Es preciso citar aún este hecho extraordinario, que las dos mil guineas fueron ganadas en 1823 por un gemelo, el potro *Nicolo* por *Selim*.

Hay pocas yeguas que hayan nacido de una madre tan joven como *Queen Mary* y su hija *Haricot*.

La potranca de *Plenipotentiary* y de *Myrrha* por *Whalebone*, fué en efecto cubierta á los dos años y dió á luz en 1843 á la famosa *Queen Mary*; ésta no corrió sino una vez á los dos años: fué víctima de un accidente, y habiendo sido cubierta el año siguiente, tenía cuatro años cuando produjo á *Haricot*. En este caso, las fecundaciones de las potrancas muy jóvenes han revelado una notable fuerza de trasmisión.

En general, yo creo deber dar á los criadores de pura sangre el consejo de no operar sobre muy grandes masas. Más vale una cría intensiva que busca lo que hay de mejor, y que para esto no economiza nada de lo que puede contribuir al éxito. Hemos visto bien en estos últimos diez años algunos ejemplos, como el de Mr. W. Blenkiron, muerto en 1872, que tienden á demostrar que la producción por grandes masas puede también enriquecer á los criadores de pura sangre. Sin embargo, siempre me digo, si Mr. Blenkiron no ha muerto á tiempo, y si el negocio habría dado resultados generales tan satisfactorios, estos precios de la última venta no hubieran alcanzado una cifra tan colosal.

Monsieur Blenkiron entendía muy bien la *mise en scene*: había estudiado bien y comprendido las condiciones en que se hallaba colocado el mercado de caballos de pura sangre. Mientras que él utilizaba para la cría una cantidad de yeguas no probadas, tiraba el dinero en las ventas públicas con una prodigalidad casi insensata, á fin de conservar en el público esta convicción, que la quinta esencia del pura sangre inglés se concentraba en *Midle-Park*; y de otra parte para extravíar la opinión sobre el alto valor que debía poseer la flor de esta producción. Pero si se pone en claro los verdaderos éxitos de su cría, aparte de los precios de venta obtenidos, y si se les compara con la masa de sus productos, el resultado parece pequeño; y si Mr. Blenkiron hubiera tenido que hacer correr sus productos, seguramente habría quebrado.

Como se encontrará difícilmente en Europa un haras de la importancia del que se puso en venta en *Midle-Park* en 1872, puede ser interesante para la historia de la cría del pura sangre conservar las cifras de aquella memorable adjudicación.

En Junio y Julio de 1882, Mr. Tattersal ha

vendido durante seis días en los *paddocks* de *Midle-Park*:

Yeguas de vientre.....	199
Productos.....	129
Sementales (entre los cuales <i>Blair-Athol</i> , vendido en 12.500 guineas, <i>Breadal</i> , 6.000; <i>Gladiateur</i> 7.000).....	12
Yearlings.....	104
Diversos.....	39
Total.....	483 cabezas

por la suma de 124.620 guineas (sobre 3.115.500 pesetas).

En la cría del media sangre la ganancia que puede dar cada individuo es bastante estrechamente limitada, y puede ser agradable dar más extensión á la cría para repartir entre un mayor número de cabezas los gastos generales. En la cría del pura sangre, al contrario, el precio de una yegua que tiene éxito no tiene límites, y paga dos ó tres veces los gastos expuestos durante dos años infructuosos. Anson se enriqueció vendiendo solamente los hijos y nietos de *Queen-Mary*, sólo *Blair-Athol* le fué comprado poco tiempo ántes del *Saint-Leger*, y por consiguiente, despues de haber ganado el Derby, en 17.000 libras, por Monsieur Jackson, y *Breadalbane*, *Broomielan* y *Blink-hoolie* le produjeron sumas importantes; en cuanto á la descendencia femenina de *Queen-Mary* le sirvió para criar un haras, cuyos *yearlings*, en número de nueve ó diez por año, le produjeron el año último, en Doncaster, 900 libras cada uno.

¿Qué inestimable valor no tenía él en una yegua como *Pocahontas*, cuya descendencia directa no ha ganado ménos de 44 veces las cuatro carreras clásicas de Inglaterra? *Pocahontas*, nacida en 1837, ha llegado á la edad de 33 años; ha tenido 15 productos, entre los cuales se encontraban *Stockwell*, *Rataplan* y *Kingtom*, que han brillado los tres como estrellas de primer orden en los anales del pura sangre, y en segunda línea *Kinght of Kans* y *Kinght of St. Patrik*. *Pocahontas* tenía 25 años cuando parió su último producto *Araucaria*, y se puede juzgar de la fuerza individual que le transmitió, cuando se considera las hazañas de sus descendientes, *Stephanotos*, *Wellingtonia*, *Camelia* (que ha ganado los Oaks), *Chamant* (vencedor de las Dos mil guineas del *Midle Park* y del *Deahurtl Plate*) y *Rayon d'Or* (vencedor del *Saint-Leger*).

Pocahontas es el tronco de una fuente de héroes que dominó el turf en proporciones desconocidas hasta entónces. Su hijo *Stockwell*, que ha ganado las Dos mil guineas y el *Saint-Leger*, ha producido tres vencedores del Derby y seis del *Saint-Leger*; éstas son cifras que ningun semental ha alcanzado jamás ántes ó despues de él.

GRANOS Y SEMILLAS.

Los granos de varias plantas no conservan de una manera indefinida su facultad de germinar. Sin embargo, cuando los granos se han guardado en condiciones convenientes, la vitalidad de los gérmenes puede subsistir durante gran número de años; así es que en los movimientos de tierra que se efectúan en los campos, se ve á veces aparecer, al cabo de algun tiempo, en las zanjas, plantas cuyas semillas habrán sido enterradas, por circunstancias varias, á gran profundidad.

Hay pocas plantas que hayan sido sometidas á tantos ensayos como el trigo, bajo el punto de vista de sus facultades germinativas. Los más antiguos autores hablan de la conservación indefinida del poder de germinar del grano de trigo. Plinio asegura haber visto germinar alguno que tenía

cien años de conservación. Numerosas experiencias se han hecho, que han probado que el trigo conservado con cuidado en frascos pequeños, al abrigo de la acción de los insectos, conserva su facultad germinativa durante muchos años. Pero no sucede lo mismo con el guardado en granero ó solo: pierden progresivamente y en una fuerte proporción su facultad germinativa; al cabo de cuatro años sólo queda una pequeña cantidad que esté apta para germinar. Es, pues, prudente no servirse para la siembra sino de trigos de la última cosecha, ó todo lo más de dos años. Cuando se compra el trigo para sembrar, conviene ántes de usarlo hacer constar su facultad germinativa.

Lo que acaba de decirse de los trigos, se aplica á la mayor parte de los otros cereales. Dómarle ha hecho, sobre la duración del poder germinador de un gran número de granos, interesantes experiencias.

La facultad germinativa del trébol rojo dura dos años; la del blanco, dos ó tres; el pipirigallo es preciso servirse, para siembra, de semillas de la última cosecha; las algarrobas al contrario, se pueden sin temor emplear semillas de cinco á seis años.

De los demas granos, hé aquí cual es la duración de sus facultades germinativas: semillas de guisantes, tres ó cuatro años; zanahorias, dos á tres; coles, nabos, cinco á seis; remolachas, hasta diez años. Pero para los nabos es preciso emplear semillas de la anterior cosecha; pues desde el segundo año no germinan más. Las semillas de las plantas de huertas recogidas con cuidado, guardadas en saquitos en sitio bien seco, se conservan en buen estado y pueden germinar: las de ajos, perejil y acelgas, durante dos años; las de perilllo y guisantes, durante tres; las de zanahorias y lechugas, durante cuatro; las de enduras y canónigos durante cuatro ó cinco.

De los ensayos hechos con los granos ó semillas de árboles forestales, resulta que las de encina y abedul están aún bien al cabo de dos y áun de tres años; pero que las de fresno, olmo y arce conservan difícilmente sus facultades germinativas más de un año.

Se han recomendado muchos líquidos, destinados á empapar las semillas á fin de activar ó facilitar la germinación; pero la mayor parte sólo dan resultados negativos. La razón es fácil de comprender. El embrión no absorbe alimento exterior sino despues de su germinación, porque durante esta operación encuentra alimentos en cantidad suficiente en el mismo grano. No se debe aconsejar el empleo de estos líquidos.

Es muy importante escoger tal ó cual semilla de una variedad para la siembra; en las plantas como en los animales, para dar un buen producto se necesitan buenos ascendientes; así es que la elección de semillas se recomienda especialmente á la atención de los labradores.

Las semillas destinadas á la siembra deben, en lo posible, proceder de plantas robustas, bien constituidas y que hayan sido cogidas despues de una completa maduración. Los granos ligeros y que sobrenaden en el agua. También se prueba la facultad germinativa poniendo á germinar algunos granos en un sitio caliente entre dos bandas de paño en un plato.

De una manera general, los granos pesados, gruesos, bien constituidos, es decir, presentando bien las formas propias de su especie, son los que deben escogerse con preferencia.

Se da el nombre de siembra á la operación de repartir en un campo cultivado los granos que deben dar allí una cosecha. Las siembras se hacen segun las plantas, unas al otoño y otras en la primavera.

Para unas y para otras, la primera regla gene-

ral es que esta importante operacion debe hacerse, en lo posible, al principio de la estacion. En el otoño, porque así las plantas pueden adquirir vigor para resistir al invierno, y en la primavera, porque tienen más tiempo para ejecutar las diversas fases de la vegetacion ántes del momento de la siega. Las siembras pueden hacerse de diversas maneras. Las semillas grandes se siembran más frecuentemente, ya con el plantador, ya en pequeños hoyos hechos con la azada, ya bajo un surco del arado. Las de pequeñas dimensiones se arrojan al suelo con la mano al vuelo, ó en huecos regulares con una máquina llamada sembradora.

La profundidad á que deba enterrarse la semilla varía segun las especies. Sin entrar en detalles sobre esto, hay una observacion que conviene hacer. Algunos cultivadores tienen á veces la costumbre de sembrar los abonos al mismo tiempo que los granos, á fin de activar el brote de la planta; este procedimiento ofrece inconvenientes, pues la jóven planta puede quemarse con el contacto inmediato del abono. Es mejor echar éste ántes de la siembra, de manera que la planta pueda aprovecharlo despues de la germinacion, pero sin que le cause daño.

Despues de la siembra, se pasa sobre el suelo un rulo de madera que apriete la superficie y dé á la semilla más cohesión con la tierra.

La cantidad de grano que se debe emplear para una superficie determinada varía segun las plantas y el método adoptado para la siembra.

Hé aquí las cantidades ordinariamente empleadas por hectárea de las principales plantas cultivadas.

Trigo.....	150 á 350	litros.
Cebada.....	200 á 250	»
Avena.....	225 á 300	»
Cebada.....	200 á 300	»
Maíz.....	40 á 60	»
Alfalfa.....	20 á 25	»
Trébol.....	20 á 25	»
Ray-grass.....	50 á 60	»
Remolachas.....	4 á 5	»
Lino.....	130 á 250	»
Colza.....	7 á 10	»

Con las sembradoras se economiza mucho grano.

ALIMENTO ECONÓMICO PARA LOS CABALLOS.

Cuando todavía el precio de la cebada y de la paja, que constituye ordinariamente en España el alimento de la raza caballar, es indudablemente superior á los recursos de la mayor parte de nuestros agricultores y ganaderos, creemos hacerles un verdadero servicio recomendándoles el sistema de Mr. Wedlake, consignado en un opúsculo del que se repartieron, cuando vió la luz pública, más de 50.000 ejemplares por Inglaterra y América, con el título seductor de *Medio de alimentar un caballo por una peseta y veinticinco céntimos al día*.

Redúcese este sistema á molar los granos, á suprimir los rastrillos y á mojar los alimentos.

Todos los agricultores que dan avena á sus caballos habrán podido observar que éstos casi siempre la mastican imperfectamente, atravesando el estómago y el tubo digestivo sin haber sufrido alteracion, hasta el punto de conservar su facultad germinativa. Esta avena, perdida para la alimentacion del animal, se utilizaria si se la moliera previamente. Monsieur Wedlake opina que por medio de esta preparacion podria reducirse la racion de avena una cuarta parte.

Sucede con frecuencia que los caballos pierden y estropean con los piés sus forrajes; para obviar este inconveniente propone Mr. Wedlake picar los alimentos, humedecerlos, y por consiguiente suprimir los rastrillos.

El picar los forrajes y las pajas de uno á dos centímetros de longitud permite evitar todo desperdicio y facilitar la mezcla de los alimentos, operacion necesaria para componer una buena racion. Dicho autor propone que se compongan las raciones de los caballos de una parte de heno de prado, de dos partes de paja de trigo, de cebada ó avena y de una parte de avena machacada.

Humedecido el grano (que puede muy bien ser el de cebada, que es el que más se emplea en España), la mezcla se hace tan compacta que el animal no puede ya separarla; y en la opinion de Mr. Wedlake, se excita la secrecion de la saliva.

En fin, el animal absorberia más pronto su alimento, lo que seria favorable á su descanso. El mismo autor calcula que un caballo necesita seis horas para masear y tragar siete kilogramos de heno, y que veinte minutos bastarian para consumir el mismo peso de forraje, preparado convenientemente.

Este sistema de alimentacion, que el primero que lo adoptó en Londres fué un asentista que poseia 130 caballos, le daba anualmente una economia de 30.000 pesetas. Tenia todos los caballos en muy buen estado, gozando de una salud perfecta y haciendo un excelente servicio. Se asegura tambien que los caballos de los cerveceros de Londres, cuya reputacion es bien conocida, se hallan sometidos á este régimen alimenticio.

C.

TAMBIEN EN LA CAZA ANDA EL AMOR.

Crudo era el invierno de 1850 y ásperas las cordilleras que dominaban el pequeño pueblo de H....., situado en Sierra-Morena, en la provincia de Córdoba, y cuyo término lindaba con el suelo feraz de las comarcas sevillanas. El huracan, rugiendo impetuoso, humillaba las copas de los añosos robles; el monte bajo se agitaba en continuo oleaje y copiosas lluvias inundaban los campos, haciendo de cada vereda un arroyo y de cada regajo un torrente.

Hacia algunos dias que habian llegado de una de las principales ciudades de Andalucía algunas personas, que, cansadas del bullicio de la ciudad, buscaban en su extremada afición á la caza nuevas y gratas emociones.

El jefe de aquella reducida expedicion poseia en dicho término hermosas dehesas, de que era arrendatario uno de los más pudientes ganaderos.

Los esperados huéspedes fueron recibidos con esa franca cordialidad de la gente de sierra, que, guardando las más respetuosas consideraciones, ni se humilla ni se turba. Nadie encontrará en sus acciones serviles rasgos. Acogen al huésped con la solicitud del más sincero amigo; le ofrecen con la mejor voluntad cuanto ellos tienen, y sostienen con la mayor soltura la conversacion, sin esperar á ser preguntados, pero sin hacerse jamas molestos.

Poco nos importa la expedicion en general, pero tenemos que fijarnos en uno de los cazadores, el más jóven por cierto, y que se distingue de todos por su gallarda figura y su simpática jovialidad. Su traje es sumamente sencillo; pero revela desde luego al hombre rico y elegante.

Los viajeros fueron alojados en las mejores viviendas del pueblo, que correspondia con su general animacion á la honra de la visita.

El jóven se hospedó en una casa situada en la plaza, de la cual partian las cuatro únicas calles que formaban la poblacion.

Difficil es en estos pueblos, aun á sus naturales, saber el verdadero nombre y apellido de cada uno, pues todos, para mayor claridad, son conocidos por sus apodos.

La casa de que hablamos pertenecia á Juaneca el Navarro. ¿Quién era Juaneca? Nadie lo sabia. Hacía ya bastantes años que llegó al pueblo acompañado de su familia, compuesta de su mujer, jóven y de aspecto sumamente delicado, y de un niño y una niña; ésta algo mayor, aunque los dos de corta edad, y ambos saludables y hermosos.

Fueron recibidos en las afueras del pueblo por el venerable párroco, que, oriundo del norte de España, debia conocerlos, y se instalaron en la misma vivienda del anciano sacerdote. Esta intimidad era para aquel vecindario más que sobrada garantía, y al poco tiempo habian obtenido carta de naturaleza en el ánimo de aquellos serreños.

El aspecto de aquellos viajeros era sumamente modesto; pero á través del traje de los hijos del pueblo navarro parecia percibirse algo de otras esferas sociales: aunque modestos, como hemos dicho, no parecian enteramente desprovistos de recursos.

El cura vivia en compañía de una hermana, ya entrada en años, y de carácter muy afable, cosa bastante rara en una solterona.

Pasaron algunos años, y tanto la mujer de Juaneca como el venerable sacerdote murieron; la primera, víctima de la tisis que la consumia, y el segundo, bajo el peso de los años.

El cura dejó á su hermana como usufructuaria de su modesta fortuna, legando la propiedad de todo á los dos hijos de Juaneca, á quienes queria entrañablemente.

Hé aquí por qué causas Juaneca era querido y respetado de aquel vecindario.

Los hijos de Juaneca no eran ya aquellos pequeños que al lado de su pobre madre llegaron á aquel pueblo á buscar una tranquilidad, que sin duda su tierra natal no les concedia.

María, que así se llamaba la hija, llegaba á los diecisiete años, y, sin ser hermosa, tenía una de esas figuras que atraen las simpatías de todos. Su pelo era tan negro como sus rasgados ojos: sus delgados y purpurinos labios armonizaban admirablemente con el moreno encendido de su semblante, y al entreabrirse dejaban admirar la más igual y blanca dentadura de que pudo vanagloriarse jamas una beldad bairutiana: su sonrisa era dulce como promesa de amor, y la expresion de su rostro, sereno y afable, revelaba un alma nacida para los más puros afectos. De mediana estatura, pero airosa y de redondas formas, parecia imposible que pudiera sostenerse sobre sus diminutos piés.

La muerte de su adorada madre habia impreso en ella ese sello especial que se observa en aquellos que comprenden los deberes, superiores á su edad, que la suerte les impone.

El virtuoso sacerdote no habia descuidado su educacion, que era sin duda extraña, al compararla con el país en que vivia. Su claro entendimiento, salvando los estrechos límites de su ruda residencia, tendia sus alas llegando á más extensos horizontes; y es que el hombre aprende, pero la mujer adivina.

¿Cuántas veces el huracan, recogiendo en sus impetuosos giros un grano de semilla y trasportándolo á inmensa distancia, hace brotar una flor bellísima en la solitaria ladera de una montaña! María era esa flor llevada á tan triste retiro por el viento de la desgracia....

Algunos dias llevaban los cazadores detenidos por el mal tiempo sin poder satisfacer su afición. En el momento á que nos referimos se encontraban los huéspedes ya cada uno en su alojamiento, esperando la hora del sueño.

El jóven C....., cuyo patron era Juaneca, hacia poco que habia regresado con éste. Sin ser indiscretos podemos penetrar donde ellos están.

En el ancho hogar de una cocina no muy gran-

de, pero extremadamente limpia, arde un brazado de troncos, agitándose las rojizas llamas entre caprichosas espirales de humo: hirviente espuma brota del corte de las ramas verdes, distrayendo el ánimo los agudos quejidos que arranca la combustion y el crujir de las burbujas del aire comprimido.

La hermana del cura, cuyo nombre de pila no sabemos, pues nadie la designaba más que con el dictado de *el ama*, caladas sus gafas, al parecer de plata, hacía tranquilamente media, al lado de una pequeña mesa de pino, en que ardía por sus cuatro mecheros un enorme velon de Lucena, de esos que hoy buscan con tal predilección los anticuarios.

Andrés, el joven hijo de Juaneca, sentado en el suelo dormía, con la cabeza reclinada sobre la falda del ama, que de cuando en cuando, al cambiar la aguja, lo miraba con indecible expresion de ternura.

Maria, á su lado, puntea airoosamente en una guitarra; el Conde la escucha con atencion y el Navarro contempla el fuego, con la cabeza baja, sin que podamos adivinar qué ideas cruzan por su mente.

Á los piés de Juaneca se halla democráticamente tendido su tosco perro de caza, mientras un airoso seter de sedosa lana apoya su puntiagudo hocico en las rodillas del Conde.

Un espectador algo curioso no hubiera dejado de notar que las miradas del Conde y de Maria se tropezaban á menudo, y ¡cosa singular! él era el que bajaba la vista, quedando pensativo.

Maria, despues de preludiar, cantó la siguiente copla, con verdadero estilo y con indecible acento:

Soy como blanco jazmin
Que la aurora iluminó;
Pero ¿qué será de mí
Si pierdo la luz del sol?

La estrofa no podrá resistir ciertamente el análisis de las reglas retóricas; pero es menester tener presente que estos cantares son hijos de la inspiracion y del sentimiento y que ninguno sale de la pluma de un poeta teórico.

Los trozos más selectos de Verdi ó de Mozart no hubieran conmovido el alma del Conde como aquellas cuatro notas que parecían traducir su propio pensamiento.

Aquel cantar, ¿era un eco que la casualidad formulaba por puro entretenimiento, ó era la expresion del misterioso lazo que unia dos almas para siempre?

Ya habrán comprendido nuestros lectores que Maria y el Conde se amaban; ¿á qué detenernos á describir cómo nació ese cariño? Nació, como sucede en estos casos, de una palabra, de una mirada, de cualquier cosa; pues el amor, como la electricidad, cruza el espacio sin tiempo que determine su marcha, y mata sin sentir.

La letra del cantar anunciaba el mayor tormento que puede proporcionar el amor, que es la ausencia, y la música que le daba calor era la *granadina*.

No hay nada que conmueva el alma como una *granadina* bien cantada. La *granadina* es la estridente y apasionada nota de la guzla de los trovadores árabes, envuelta y embellecida por el aroma de las flores y el cielo encantador de Andalucía.

Aquella nota, eco de ardiente pasion, al prolongarse en sus cadenciosos trinos, lleva al corazon todo el sentimiento que es capaz de producir en temperamentos meridionales la tierna súplica ó la dolorosa queja de una mujer enamorada.

Al terminar, Maria, fijó tristemente sus ojos en el Conde que la devolvió la mirada con la mayor ternura, mientras la dirigía con voz temblorosa corteses frases.

—Señor Conde—le dijo Maria sonriendo,—acostumbrado V. á oír las grandes celebridades de la música, sólo por bondad puede decirme esas

galanterías, que tan poco merecemos las que vegetamos en estas agrestes sierras.

—Recuerde V., Maria, que no hay riqueza en la tierra que no tenga que buscarse en el seno de las más ásperas montañas. Tiene V. una voz encantadora. ¿Quién la enseñó á V. á cantar?

—¿Quién? Los pájaros.... y mire V., yo cantaré muy bien, pero mi padre no me escucha.

—Es verdad; señor Juaneca, ¿por qué está usted tan pensativo?

—¡Ay, Conde!—dijo Juaneca con triste acento—hoy es un día de penosos recuerdos para mí.

—Los pesares, cuando se comunican suelen mitigarse, y si no soy indiscreto, desearia saberlos.

—No tengo inconveniente; quizá hablando á una persona tan agradable como V. desahogue un poco mi alma; y de todas maneras podrá V. saber, buenos ó malos, quiénes son sus patronos.

—Mucho me alegraria ser depositario de su confianza.

—Como mi historia hay muchas en esta España, tierra de grandes pasiones, guerras y desdichas; pero, como es natural, á cada uno le parece la suya la más penosa. Oigala, pues, y así entretendrémos el tiempo hasta la hora de descansar.

La fisonomía del Conde demostraba su sorpresa al oír á aquel, al parecer, rudo serreño expresarse de tal manera, y se disponia á escuchar á Juaneca atentamente y á mirar á Maria sin cesar, la cual le pagaba en la misma moneda.

Si Juaneca hubiera sido andaluz, como el que escribe estos renglones, ya hubiera habido historia para rato; pero se trataba de un navarro, y no deben alarmarse los lectores, pues su relato tenia que resultar conciso y enérgico.

¿Habria sorprendido el padre algunas de aquellas furtivas miradas que centelleaban á su lado, cual cruzan las exhalaciones los cielos en una noche de verano, y llevaria, por lo tanto, algun propósito al contar la historia? Tal vez: de todos modos, nosotros, á fuer de cronistas leales, debemos decir que no lo sabemos.

—Yo soy navarro—dijo Juaneca con el orgullo y la entereza peculiar de aquella raza de héroes.—Mi madre murió cuando era yo tan niño, que aunque la quiero con el alma, sólo puedo recordarla como un sueño. Mi padre, de ilustre cuna y de buena fortuna, me educó con esmero, pero sin separarme de los quehaceres propios de labradores, que eran para mí sumamente gratos. Estalló la guerra civil y nos colocamos resueltamente del lado de nuestras tradiciones y de nuestras ideas, y envueltos en el torbellino de aquellos azarosos tiempos, abandonándolo todo, tomamos las armas; cñiendo mi padre la espada de oficial y cargando yo con el fusil del soldado. ¡Cuántas ruinas! ¡cuánta sangre! ¡cuántos sacrificios perdidos para nosotros y para la patria!....

—Vaya, buenas noches—dijo el ama—que Andrés enteramente está hecho un tronco.

Y le hizo levantar cariñosamente, llevándole casi suspendido, pues el pobre muchacho no podía desprenderse en absoluto de ese profundo sueño propio de una edad exenta de cuidados y de temores.

—No sólo—continuó diciendo Juaneca—pusimos nuestra vida en la balanza de la causa que defendíamos, sino que poco á poco nuestra fortuna iba desapareciendo en continuos sacrificios. ¡Qué grandiosos resultan esos esfuerzos cuando se hacen en Bailén ó Zaragoza en aras de la independencia y el honor de la patria! ¡Qué insensatos cuando son en pro de personalidades ingratas ó de ciegos fanatismos políticos!....

—Es verdad—dijo el Conde;—las lecciones de la experiencia casi siempre son perdidas.

—¡La experiencia!—añadió Juaneca tristemente.—¿Y de qué sirve? El joven no la tiene y no puede aprovecharla, y para el viejo, cuando más es un tormento que le obliga á arrepentirse y á hacerse incómodo á aquellos á quienes predica lo que no les agrada. Llegó un día terrible para mí. El ejército carlista se lanzaba desesperadamente á cruzar la corriente impetuosa del Zínca. Mi padre era comandante del batallon, yo sargento con grado de oficial. En aquella inmensa confusion, una bala hiere mortalmente el caballo de mi padre, y ambos se hunden bajo las ondas espumosas del rio; como un rayo me precipité en su socorro.... ¡jamás he podido saber lo que pasó.... al caer en el agua perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos, me envolvian las sombras de la noche: me hallaba yerto y desfallecido junto á la opuesta orilla. Mi primer recuerdo fué para él.... mis primeras palabras fueron ¡padre mio!....

Juaneca guardó silencio: dos gruesas lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas. El Conde y Maria le contemplaban con respeto, arrasados en llanto los ojos.

—Me quedaba solo en el mundo, llevando desgarrados el corazon y el alma. ¿Qué hacer? Reuní todas mis fuerzas, empecé la marcha á la ventura, y al cabo de tres días de penalidades, que me espanta recordar, logré reunirme á los restos del batallon, que lamentaba la muerte de su jefe, como lamenta el soldado en campaña la pérdida de aquel á cuyo valor y prudencia confia su vida. Ascendí á oficial, no por mis hechos, sino por el recuerdo de los servicios de mi padre. Yo anhelaba más que nunca la lucha, pues el ruido del combate ahuyentaba momentáneamente mi pena. Buscaba la muerte, pero Dios no permitió que la hallara. Los ánimos, excitados por continuas repesalias, habian llevado la conducta de todos á los últimos límites de la fiereza: yo combatia siempre con denuedo; pero confieso mi falta, no lo hacia por afan de gloria, sino por insaciable sed de venganza. En los azares de aquella vertiginosa lucha, mi batallon fué destinado á reforzar la division que sitiaba hacia tiempo una poblacion importante. Llegamos en lo más crítico del asedio: nuestra artilleria habia practicado extensas brechas en los débiles muros que la defendian; organizándose las columnas de ataque y estimulándose la codicia del soldado con bárbaras órdenes de degüello y de saqueo. Heroicamente luchaban los defensores; pero fueron arrollados, no sin que fuesen diezmadas nuestras filas. No hay nada más terrible, cuando á sangre fria se recuerda, que esas vandálicas escenas en que desaparece la naturaleza humana, adquiriendo el soldado la condicion de la sangrienta fiera. El incendio, el pillaje, el robo, el asesinato y los más repugnantes episodios era el cuadro que presentaba aquel desventurado pueblo. Ya nadie combatia: la crueldad y las más repugnantes pasiones se cebaban en víctimas indefensas. Al pasar por una casa de buen aspecto, pero presa en un extremo de las llamas, oigo desgarradores gritos: por mi fortuna, áun vivia ilesa en el fondo de mi alma la honradez tradicional del pueblo navarro, y sin vacilar me lanzo en pos de aquellos ecos lastimeros. Al penetrar en el interior, veo una mujer, hermosa como un ángel, pálida, revuelto el cabello y destrozadas las ropas, luchando entre los brazos de los brutales soldados que intentaban mancillarla; al verme, con gigantesco esfuerzo, logra desasirse de sus verdugos, y cae junto á mis piés dando un grito desgarrador. Ni el tigre del desierto al precipitarse sobre su codiciada presa, ni la enfurecida leona al defender sus hijos saltaron jamás con más fiereza que yo lo hice sobre aquel grupo de ébrios asesinos. En aquellos momentos no existian ni la Ordenanza ni las je-

rarquías; todos éramos iguales; no había, pues, que pensar en imponer la obediencia. Ellos eran varios, pero influidos por el terror que infunde el delito, y yo, aunque solo, contaba con el impulso irresistible que presta al brazo la causa de la razón y de la justicia. Violentamente acuchillados, huyeron con espanto, pasando sobre los escombros de las tapias destrozadas.

—¡Qué espanto!—murmuró María con tembloroso acento.

—¿Y recordais el nombre de aquella infeliz?—añadió el Conde con marcado interés.

—¡Ah!—dijo Juaneca profundamente conmovido.—¡Sí, lo recuerdo! Jamás se borrará de mi alma donde está escrito para toda la vida con caracteres indelebiles.

—¿Y cómo era?—preguntó María.

—Se llamaba Margarita Arzúa.

—¡Mi madre!—exclamó María.

—Sí, hija mía, tu madre; esa fué nuestra primera entrevista.

—¡Pobre ángel mio, cuán buena y cuán desgraciada fuiste siempre!

—Recuérdala, recuérdala, hija mía—le dijo Juaneca estrechándole la mano;—pero no como un pesar que atormenta, sino con ese inefable sentimiento con que se piensa en los ángeles.

—Señor Juaneca—dijo el Conde despues de un momento de silencio;—esos dolorosos recuerdos le causan á V. profundo pesar y afectan dolorosamente á María. Cada vez crece en mí el afán y el interés, pero....

—No, señor Conde; déjeme V. continuar: tengo empeño en que conozca V. los pormenores de mi vida; tal vez haya en ello algo de egoísmo.... ¿Qué hacer en situación tan apurada? El riesgo era el mismo á cada momento. Llevar aquella mujer á otro paraje, imposible; ni le había más seguro, ni era prudente exponerla á las miradas codiciosas de aquellos seres embrigados por sus desencadenadas pasiones. Permanecer allí nos exponía á la llegada de nuevas turbas ó quizá á la venganza de los fugitivos. Aquella infeliz conmovía mi alma con su expresiva mirada de espanto y súplica. Yo no vacilaba en morir defendiéndola, pero me aterraba por ella el que fuera inútil mi sacrificio. Yo quería vivir para protegerla.... De pronto, el toque de llamada y tropa llevó á mi alma una alegría indecible; aquellos marciales ecos anunciaban el restablecimiento del derecho de gentes; la Ordenanza recobraba su imperio. ¡Qué admirable espectáculo es ver brillar de pronto entre las sombras aterradoras del caos el rayo esplendoroso de la justicia! Desde aquel momento el menor delito podía ser severamente castigado.

—Señora—le dije—esté V. tranquila; todo peligro ha pasado. Está V. bajo la salvaguardia de mi honor y al amparo de la ley.

—Gracias—murmuró ella con voz desfallecida;—perdonadme si no tengo alientos para demostraros mi gratitud; ¡el espanto y la lucha han secado mis lágrimas!....

—Restablecida la disciplina, renació la calma. Los vecinos, sin exhalar una queja, por el temor que les embargaba, corrían presurosos, ya á detener el incendio, ya á ordenar sus hogares, ya á buscar á seres queridos de que se habían visto violentamente separados. Usted, señor Conde, comprenderá unos detalles que sería prolijo enumerar. Un sacerdote y algunas otras personas rodearon presurosos á la mujer á quien yo había salvado, y que permanecía en un estado de sopor diferente de la muerte tan sólo en algun entrecortado y profundo suspiro. Ni una palabra se oyó. Las miradas del sacerdote se fijaron en mí de una manera bien severa, y los demás, tal vez por terror, ni aun me miraban. Un segundo toque vino á recordarme mi deber militar. Yo, que había lie-

cho el bien, y que ninguna recompensa esperaba, tranquila mi conciencia, corrí á las filas. Comprendía que aquellas gentes al marchar me maldecían; pero sabía que cuando ella volviera en sí justificaría mi conducta, tan desinteresada, cuanto que ni dije mi nombre ni sabía el suyo.

—Pero, ¿y mi madre?—exclamó María con inmenso afán.—¿No dijo V. que aquella era mi madre?

—Sí, hija mía; pero ten calma, que yo procuraré abreviar.

—Perdóneme V., padre mio, mas tengo tal ansiedad, que si no hablase de ella me parecería que la dejaba allí abandonada.

—No te inquietes; por lo que luego sabrás podrás conocer que la rodeaban las personas que eran el objeto de sus más caras afecciones. Yo lo comprendí así, y por eso no vacilé en marchar; de otro modo, me parece que hubiera desafiado el rigor de un consejo de guerra. Era imposible que aquella escena se borrara de mi mente: ha vivido, vive y vivirá en ella eternamente.... Pasaron algunos años; tres, segun creo; y una mañana de espesa niebla, con el batallón en cuyas filas atravesé el Zinca, y cuyo mando había llegado á obtener, emprendí, con la división á que pertenecía, un arriesgado movimiento de avance. La operación era peligrosa, pero indispensable, en la situación en que nos encontrábamos. Teníamos que aprovechar la densidad de las brumas que nos envolvían, y que buenas y malas, para unos y para otros, debían proporcionar la victoria á aquel á quien la suerte quisiera ayudar. Nuestra estrella caminaba á su ocaso: más numeroso y más feliz el enemigo en sus cálculos, al acercarnos, rompió un nutrido fuego que nos envolvía por todas partes. Mi batallón de guías se batió como siempre. Yo cumplí con mi deber; pero puedo asegurar á usted, señor Conde, que no experimentaba aquella desesperación que me hizo tantas veces buscar la muerte de una manera insensata. Sentía en mí algo que me hacía más agradable la vida. El recuerdo de aquella mujer no me abandonaba. Una batería de montaña, que no podíamos distinguir, pero que estaba cerca de nosotros, nos causaba considerables bajas. Mi caballo recibió un casco de metralla y murió, arrastrándose en su caída. Suspendido de pronto el fuego del enemigo, cargó como un vendaval sobre nuestro flanco derecho numerosa caballería, determinando la más espantosa derrota. Pegado á la tierra y protegido por el cuerpo inerte de mi caballo, sentí pasar sobre mí aquel torbellino de jinetes, escapando milagrosamente con vida. El batallón de guías no existía al terminar la acción; todos quedaron heridos, muertos ó prisioneros. Yo, sin poder moverme por efecto de las tremendas confusiones que había recibido, fui de los últimos, y aquella noche, sin alimento, sin un ser humano que se acercase á la inmundicia camilla en que había sido trasladado, la pasé en un depósito establecido en un caserío, donde quizás el más feliz era el que espiraba. Los ayes de desesperación de los heridos, el cálido olor de la sangre y el cansancio del combate, excitaban la imaginación, pareciendo que marchaba uno arrebatado por los aires, entre legiones infernales. ¡Cuán amargas hubieran sido para mí aquellas horas, si no hubiera tenido ante mi calenturienta imaginación una visión celestial, sobrada compensación de mis pesares.... Trasladados en carros de labor, y los que podían andar, arreados como el ganado, llegamos al siguiente día á un pueblo, donde nos vimos generosamente socorridos por la piedad de sus vecinos. ¡Ah, señor Conde, cuánto me hace reír hoy ese cúmulo de necesidades del ejército español! Entonces al soldado, lo mismo que al oficial, se le facilitaba el material de combate; lo demás quedaba á la

Providencia y á su ingenio. No la crueldad, sino la falta de elementos, era causa de que los prisioneros pasasen inmensos trabajos. Yo no puedo quejarme; el jefe que mandaba la línea en cuyo distrito estábamos, estrechó conmigo una amistad cariñosa, y me dispensó las mayores atenciones. Era un valiente y un cumplido caballero. ¡Nunca olvidaré al coronel don Fernando de Aguiar!....

—¿Don Fernando de Aguiar ha dicho V.?—exclamó el Conde con viveza.

—Sí.

—¿Don Fernando de Aguiar y Luna?

—Efectivamente. ¿Le conoció V., señor Conde?

—¡Ya lo creo; como que el coronel Aguiar, más tarde general y Conde de C..., era mi padre!

—¡Su padre!—dijeron á un tiempo Juaneca y María, la cual añadió:—¡Singular casualidad!—mirando al Conde con marcada alegría.

—Es verdad—dijo Juaneca observando atentamente al Conde;—se parece V. á él extraordinariamente.

—¿Cuánto agradezco á V. los elogios que le ha tributado!

—No le he hecho más que justicia.

Parcía que el rostro de Juaneca perdía la expresión de tristeza que le imprimía el recuerdo de sus desdichas, exclamando con jovial acento:

—¿Quién había de decirme al empezar esta relación que tenía á mi lado al hijo del hombre á quien tantas deferencias debí? ¡Qué lances más singulares realiza la casualidad!

—No lo crea V., señor Juaneca—dijo el Conde mirando fijamente á María.—Yo creo que la casualidad, tal como la comprendemos, no existe en el mundo, y que ciertos hechos son hijos de providenciales combinaciones.

—Sea lo que quiera, señor Conde, yo agradezco á la casualidad ó á la Providencia la honra de tener en mi casa al hijo de aquel valeroso compañero de armas. Comprendo con pesar que, cuando lleva V. el título....

—Sí, murió.

—¿Qué suplicio es ser viejo; por donde quiera que tiende uno la vista.... el vacío!

—Pues ya ve V. que para la juventud no todo son flores.

—Cierto; pero siempre le sonríe la esperanza.

—Ó el desengaño—dijo María.

El Conde se sonrió, y le dijo de una manera muy significativa:

—María, á su edad de V., y con sus condiciones, no puede temérsele jamás.

María pagó al Conde el consuelo de aquellas frases con expresiva y apasionada mirada.

—Pero, señor Juaneca, nos vamos entreteniendo en digresiones, y afano más que nunca oír el fin de esa historia.

—Pues continúo y terminaré brevemente. Por mi desgracia, su padre de V. fué relevado, y al despedirme de mi buen protector quedé confundido con la masa general de los demás prisioneros. Duró aquello poco. Una mañana las salvas de artillería nos hicieron comprender que algo notable había pasado.

Efectivamente, el abrazo de Vergara ahogaba por entonces las aspiraciones carlistas. No voy á emitir mi opinión sobre este hecho, que devolvía la tranquilidad al país, que era un inmenso bien, y eso me basta.

Nosotros recibimos la libertad y un escaso socorro de marcha: ante las alegrías del vencedor, ¡quién podía pensar en el vencido!

Yo no tenía familia á cuyo lado afanase volver, y sin proponérmelo, dirigí resueltamente mis pasos hacia aquel pueblo que pisé por primera vez en un día de lágrimas, dejándolo cubierto de ruinas. Llegué á la casa y entré sin vacilar.

Aquel sacerdote, cuya mirada de despedida fué tan dura, sentado en un sillón monumental leía devotamente en su breviario, disfrutando tranqui-

lamente de los rayos del sol. Al sentir pasos alzó la vista, y me preguntó afablemente:
—¿En qué podemos complacerle?

—¿No me reconocéis?—le dije.

El anciano me miró fijamente, y después de un rato de silencio, me replicó:



SETIEMBRE.—ORILLAS DEL RIO.

—No recuerdo.

¿Cómo había de recordarme! Yo olvidaba que los sufrimientos físicos y morales del cautiverio agobian y desfiguran.

—¿Vive en esta casa — le dije siguiendo el im-

pulso de un pensamiento fijo—una mujer hermosa y cuyo nombre.... no sé?

—Basta con esa seña—dijo el sacerdote sonriendo;—miradla.

Me volví como movido por un resorte, y efec-

tivamente, en el dintel de la puerta vi aquella mujer de mis sueños, como una verdadera aparición fantástica. Vestida modestamente de negro, estaba más hermosa que nunca. Me contempló un momento, y dando un grito, que era para mí un

verdadero poema, se precipitó hacia mí. Su vista quizás no me había reconocido bajo mi destrozado uniforme, pero sí su corazón.

—¡Margarita! —exclamó aturrido el sacerdote levantándose y queriendo interponerse.

—Yo la estrechaba contra mi corazón y nuestras almas formaban un lazo, que sólo la muerte logró romper en este pueblo, donde reposan sus restos queridos.

—¿Cómo no había de reconoceros, si os debía más que la vida?

Omiso cuanto siguió á aquella escena, porque es un recuerdo para mí muy doloroso, y fácilmente puede comprenderse. Marché á mi país, dejando á Margarita como la encontré, en compañía de su tío carnal, que lo era aquel venerable sacerdote y una hermana de éste, á quien conocéis, porque María era huérfana como yo. Allí, en mi pueblo, vendí como pude los escasos restos de mi fortuna, y cinco meses después la bendición del cielo dejaba unidos para siempre á Margarita Arzúa y á Juan Eca y Rogeg.

¡Cuán felices pasaron aquellos primeros años!

María y su hermano vinieron á ser el encanto de aquel hogar, teatro un día de tan crueles escenas.

Llegó un día en que la proverbial tenacidad del partido carlista volvió á inspirar á éste la idea de probar fortuna, y como el pueblo en que vivíamos era refractario á aquellas ideas, más que nada por los dolorosos recuerdos que evocaba aquella causa, fuimos, especialmente mi tío, blanco de continuas asechanzas y víctimas de persecuciones sin cuento, cayendo sobre aquel inofensivo ministro del Señor una violenta orden de destierro.

Aquella fué la primera nube que se formó sobre nuestras cabezas. Obligado mi tío á salir de su residencia en brevísimo tiempo, se dirigió á esta provincia de Córdoba, en compañía de su hermana. El prelado de la diócesis, íntimo amigo suyo desde la infancia, le acogió en su desventura, y le confirió el curato de este pueblo, que, aunque modesto, llenaba sus aspiraciones de paz y tranquilidad.

Pero aún no habían terminado nuestras desgracias. Más tarde, la brillante mirada de Margarita empezó á apagarse: sus sonrosadas mejillas se tornaron pálidas, y una ligera pero insistente tos estremecía mi alma con su profundo eco. Afanosos los médicos de alejar de su lado aquellos enfermos cuya existencia consideran comprometida indefectiblemente, declararon que el clima benigno del Mediodía y los puros aires de este país terminarían lo que, por tranquilizarnos, decían era una anemia pasajera. La esperanza que estas manifestaciones hicieron nacer en el abatido ánimo de la enferma; el deseo de abrazar á los que le habían servido de padres, y ese afán de proyectos y de viajes que caracteriza tan implacable padecimiento, la decidieron á suplicarme que accediese á su deseo.

Era la primera exigencia que formulaba, y yo, no sólo por complacerla, sino porque también acariciaba esperanza, determiné el viaje y vinimos á este pueblo, donde debíamos separarnos para siempre, quedando yo completamente solo.

—Solo no, padre mío—dijo María arrojándose á su cuello, anegada en llanto.

—Es verdad, el alma es tan avara de la felicidad que cuando pierde una parte, siente como si lo perdiera todo. Sin tí y sin tu hermano, yo no la hubiera sobrevivido mucho tiempo.

—Además de sus hijos—añadió el Conde—tiene V. un amigo que compartirá gustoso con usted todas sus penas.

—Mil gracias, señor Conde.

Y Juaneca extendió una mano, que el joven estrechó entre las suyas con efusión.

Poco tiempo después, la casa de Juaneca yacía en el más profundo silencio.

María no podía conciliar el sueño, impresionada por el recuerdo de su adorada madre y por el combate que en su imaginación sostenían negros temores y risueñas esperanzas.

En el otro extremo de la casa, el Conde, incorporado en su limpio aunque modesto lecho, y apoyando la cabeza en la mano, meditaba profundamente....; pero no seamos indiscretos y dejémosle descansar, que en hora más oportuna sabremos tal vez lo que pensaba.

Ante aquella escena familiar de tanta ternura, hasta el cielo parecía haberse conmovido. El huracán plegó sus alas: un cielo despejado ofrecía ancho camino al astro de la noche, y lo que hubiera sido más grato á los contrariados cazadores, si lo hubieran oído, el gallo, verdadero genio astronómico, con su atiplado y entrecortado canto, anunciaba un nuevo y hermoso día.

PEDRO MANUEL DE ACUÑA.

(Se continuará.)

LOS CABALLOS DE HOMERO.

El primer poeta que cantó las hazañas de los hombres fué también el primero que celebró las de los caballos. Á la manera con que Homero habla de ellos, se adivina que papel tan importante desempeñaban en los combates y en que aprecio se tenía su posesión. En nuestro periódico nos hemos ocupado últimamente de los pueblos indios, á los que nada es tan glorioso como robar los caballos enemigos. Parece que sucedía lo mismo entre los antiguos griegos. Uno de los héroes de Homero, Diomedes, sabe montar su cuadra maravillosamente, sino sin peligros, al menos con pocos gastos. El canto v de la *Iliada* representa á este héroe combatiendo á los troyanos. Su compañero Sthenulus, que parece ocupar en su casa una posición subalterna, se mantiene á su lado; pero es un personaje muy prudente, pues anima á Diomedes á huir, bajo el pretexto de que percibe dos héroes invencibles, Eneas y Panduras. Pero no es ésta la opinión del valiente Diomedes, que desde largo tiempo busca la ocasión de robar los corceles del piadoso Eneas. Y bien lo merecen, pues descienden de los que Tros recibió de Júpiter, como una especie de indemnización, después del robo de su hijo Ganimedes, el más hermoso de los hombres; no hay mejores corceles bajo el sol, y hé aquí cómo nacieron: «Anquises, sin saberlo Leónidas, llevó sus yeguas á los caballos de Tros, y sacó así vástagos de esta raza; seis potros nacieron en su palacio, de los que quedó con cuatro que alimentó con cuidado y dió á su hijo los otros dos, que sembraban el espanto en los combates. Si pudiéramos robarlos, añadió Diomedes, alcanzariamos gloria inmortal.»

Hé aquí un origen notable, suscrito en la *Iliada* á modo de Stud-book: verdaderamente la manera con que procedió Anquises no es de las más delicadas; ¿pero quién se atrevería á afirmar que no hay hoy estaciones de sementales en que las cosas pasen así, á pesar de la vigilancia ó con la complicidad de los encargados?

Diomedes se reserva para él el papel más difícil: el de combatir. «Si la sabia Minerva, dice á Sthenulus, me concede la gloria de quitar la vida á uno ú otro guerrero, coge los corceles de Eneas y dirígelos hacia los griegos, lejos de los troyanos.»

La sabia Minerva accede á su ruego; mata á Panduras y degollaría aún á Eneas si la intervención de Venus. Se sabe que la diosa hizo guardar sus rebaños por Anquises; éste le gustó y de aquel capricho nació Eneas. Las diosas eran poco difíciles en aquella época; amaban á los pastores: testigo de ello es París. Venus arranca, pues, su hijo á Diomedes, pero no sin trabajo, pues salió herida en la mano. Durante este tiempo fueron robados los caballos por Sthenulus, que los llevó al campo griego.

Más tarde salvaron la vida al anciano Nestor, presto á sucumbir en una lucha desigual. «Apresúrate á montar en mi carro, le dice Diomedes, y verás lo que valen los caballos de Tros, arrebatados por mi valor al bravo Eneas, y cómo saben correr y perseguir al enemigo ó cortarlo.» Ya los volveremos á encontrar en las carreras de carros de que hablaremos más adelante.

Después, Héctor quiere enviar un espía al campo griego; para llenar esta difícil misión se presenta un oficial,

Dolcon, deforme, dice el poeta, pero ligero en la carrera. Pide como recompensa los caballos de Anquises, lo cual era como comprar la piel del oso antes que esté muerto; pero no importa, la adquisición es tan tentadora, que con esta condición irá hasta la tienda de Agamenon. Héctor promete y Dolcon parte.

Desgraciadamente Dolcon se ha jactado en el camino, cae entre las manos de Ulises y Diomedes, y para salvar su vida, cuenta lo que ha venido á hacer en el campo griego y la recompensa que ha pedido. «Tus aspiraciones eran altas, responde Ulises, al pedir los corceles que sólo la mano de Anquises ha podido subyugar.» Dolcon es un espía, no un héroe, y descubre los secretos de los troyanos.

Estas villanías no lo salvan y lo inmolan sin piedad; pero gracias á sus indicaciones, Diomedes mata doce guerreros tracios. Ulises marcha prudentemente detrás y aparta los cadáveres para que los soberbios caballos de Rhesus, aún feroces y novicios en el combate, pasen fácilmente y no se asusten al verlos. En fin, el mismo Rhesus es degollado durante su sueño; el atrevido Ulises desata los nobles corceles, coge las riendas y los conduce lejos del campo de los troyanos, pegándoles con su arco, pues había olvidado tomar del carro de Rhesus el látigo. Hé aquí un grave olvido. Ulises recibe en el campo griego una entusiasta acogida y sujeta á los caballos con hermosas correas delante del pesebre, donde los de Diomedes descansaban de sus carreras, comiendo el más puro trigo. Ulises, aunque rey de Itaca, no desdeña tomar aquellos cuidados.

En nuestros días, un oficial confiaría sus caballos á su ordenanza; pero á los héroes griegos les gustaba ponerlos los arreos y cuidarlos ellos mismos. El viejo Priamo les daba de comer con su mano. Las diosas enganchaban y conducían sus corceles: cuando, herida, Venus se llevó lejos del combate á su hijo Eneas, se vió obligada á llamar en su ayuda á Iris y al carro de Apolo; la misma Iris dirige su carro y es un cocherito muy cuidadoso, porque apenas llega al Olimpo, desengancha los caballos y les presenta Ambrosía. Un poco más lejos, la activa esposa del que Homero llama el dominador de las nubes, la misma Juno, engancha y conduce sus caballos. Vuelan, dice el poeta, entre la tierra y los astros de que está coronado el cielo; parecida á la inmensa extensión de llanos del aire que recorren con los ojos un hombre sentado sobre la cima de una roca elevada y llevando su mirada sobre el negro imperio de los mares, tal es el espacio que recorren de un salto los fogosos corceles.

Este gusto tan pronunciado por los caballos se encuentra en todas las partes de la *Iliada*: cuando Agamenon, desesperado por los desastres de los griegos, trata de aplacar la cólera de Aquiles, irritado contra él por el robo de la joven Bريسيس, le ofrece, no sólo devolver á Bريسيس, á la que declara haber respetado; no sólo abandonarle otras siete cautivas y después veinte jóvenes troyanos, escogidas entre las más bellas, y hacerle esperar la mano de una de sus tres hijas, entre las cuales el impetuoso Aquiles tendría la elección, sino la promesa de doce valientes corceles que ganarían un gran número de premios: «El que posea, dice Agamenon, todo lo que esos nobles corceles me han hecho ganar, será colmado del oro más precioso.» Y cuando al fin del libro, el viejo Priamo viene á suplicar á Aquiles que le entregue el cadáver de su hijo Héctor, le trae caballos de regalo para ablandarlo. Para calmar la cólera de los dioses también se les sacrifican caballos, que se arrojan en holocausto á los ríos.

Pero los corceles de Eneas ó de Rhesus, los mismos caballos de Héctor, aunque poseyendo todas las cualidades posibles, no son nada comparados con los de Aquiles, que pertenecen á la raza inmortal y no conocen obstáculos. Los conduce Automedon, se llaman *Xouthé* y *Bolius*, y son tan ligeros como el viento. Á su lado, Automedon engancha *Pedase*, cogido por Aquiles en el saqueo de Tébas, de raza inmortal, y lo asocia á sus célebres corceles.

Á pesar de esta doble inmortalidad la carrera de *Pedase* no es larga; cuando Aquiles, no queriendo combatir en persona, envía á Patroclo al socorro del ejército griego, le confía sus caballos. En la lucha, Sarpedon lanza á Patroclo un venablo que recibe *Pedase*, y muere, dando lúgubres gemidos; sus compañeros se encabitan, la lanza cruje, las riendas se enredan; es preciso, para restablecer el orden, que Automedon corte los tirantes con su espada y después matar á Sarpedon.

Pero á su vez él sucumbe, los corceles se mantienen á un lado y lloran á su conductor cuando observan que es derribado por la mano ensangrentada de Héctor. En vano Automedon se esfuerza en ponerlos en movimiento; no escuchan ni ruegos ni amenazas y permanecen inmóviles delante del carro, con la cabeza inclinada y sumidos en una profunda consternación.

Para volver á los caballos de Aquiles su ardor ordinario, se necesita nada menos que la intervención de Júpiter. Un discurso del jefe de los dioses les devuelve nueva ligereza y les inspira nuevo valor. Ellos son los que arrastran entonces los griegos al combate.

En todas partes se ve que Homero habla de los caballos

con amor y emplea á propósito de ellos imágenes insinuantes.

Todo un canto de la *Iliada* no es sino una extensa relación de las carreras. Homero es, pues, el decano de los redactores hipicos.

Después de los funerales de Patrocle, el hijo de Peleo retiene las tropas griegas, para ofrecerles los juegos fúnebres según el uso antiguo; los guerreros ocupan su sitio en un circo inmenso; traen los más ricos premios, y conducen corceles, muchos bueyes y hermosas cautivas. Así es como hoy se expone ante la tribuna oficial las copas y objetos de arte; sólo que los propietarios no reciben ya en premio las bellas cautivas. Quizás es una costumbre á la que no se ha debido renunciar.

La primera prueba es una carrera de carros; hoy se diría al trote enganchado.

El vencedor debe llevarse una cautiva, distinguida por su belleza y por la industria de sus manos; recibirá además un ancho trípode de dobles asas. Al que le siga, el generoso Aquiles reserva una yegua de seis años; el tercero, tendrá una hermosa cuba que tiene cuatro medidas; el cuarto, dos talentos de oro, y el último, un vaso profundo que no ha tocado las llamas.

No hay jockey, todos son *gentleman-riders*. Aquiles no toma parte en las carreras y sus caballos tampoco. El duelo se opone, y ésta es aún hoy la costumbre. Han perdido, dice, un caballero cuyo valor igualaba á la dulzura que á veces derramaba sobre sus crines reluciente aceite, después de haberlo purificado con agua clara; lo echan de menos, y con la cabeza inclinada y la crin extendida en la arena, están inmóviles y penetrados de una gran tristeza.

A falta de Aquiles, hé aquí los nombres de los concurrentes: el rey Eumele, famoso en el arte de dirigir los carros; Merion, un *out sider*, que tiene pocos partidarios; Diomedes, con los caballos de Eneas; Menelao, que conduce *Podarge*, su propio corcel, y la yegua *Atride*, dada por Echepolus á Agamenon para dispensarle de seguirle á la guerra. Después viene Antiloque, hijo de Nestor, al cual su padre prodiga los más sabios consejos antes de partir: como un propietario da hoy sus órdenes antes de la carrera. «Tus caballos, le dice, no sostienen una larga carrera, lo que me llena de temor. Recurre á toda tu mafia. El arte es más útil al carpintero que la fuerza, y con la ayuda del arte, un piloto dirige por la sombría mar un ligero barco combatido por los vientos; el arte puede aquí suplir á la velocidad. El que confía demasiado sobre la bondad de sus caballos corre imprudentemente y se abandona á sus saltos mejor que contenerlos; pero el que escucha la experiencia, conduce inferiores corceles; fija la vista sobre la piedra, hábil para cortarla; conoce el instante en que es preciso retener las riendas, y dueño de todos sus movimientos, observa el rival que lo precede»

Después de sacados los números á la suerte, los héroes suben á sus carros: Antígono es el primero; después siguen Eumele, Menelao, Merion, y en fin, Diomedes, el más valiente de todos, que tiene el número cinco, el último. Se colocan en este orden. Aquiles enseña la piedra y envía allí al venerable Phénix, caballero de su padre, para observar la carrera, ver si todo pasa regularmente y hacerle una fiel relación. Phénix es el comisario de las carreras, Aquiles da la salida y es juez de llegada.

Los rivales levantan sus fustas, mueven las riendas y animan con sus gritos á los ardientes corceles. Tan pronto los carros ruedan por el suelo llano, como se lanzan por saltos peligrosos, sin que sus conductores se caigan. Sus corazones palpitan. Eumele va á la cabeza; Diomedes le sigue con sus corceles troyanos; se hubiera dicho que á cada instante iban á montar sobre el carro de Eumele, cuyas espaldas mojaban con su ardiente aliento, posando allí su cabeza en un esfuerzo impetuoso. Diomedes va á ganar, pero Apolo, irritado contra él, le hace caer de sus manos la fusta. Minerva misma se la recoge, es decir, según los comentarios, es que Diomedes ha tenido la prudencia, según se usaba entonces, de llevar otra fusta en su carro.

Como quiera que sea, la diosa no se contenta con darle la fusta á Diomedes, sino que rompe el carro de Eumele, su más peligroso rival. Diomedes se pone entonces á la cabeza y Menelao lo sigue: Antiloque arenga á sus caballos para que quiten el premio á Menelao; éste á su vez dirige algunas palabras á sus corceles; pero por una atrevida maniobra, contra la que protestará Menelao al volver al peso, Antiloque le quita el segundo lugar.

Sin embargo, los espectadores se inquietan de no ver á Eumele cuyo carro se ha roto y rueda por tierra: no es el que va á la cabeza, ha desaparecido. Idomene grita que el primero es Diomedes; reconoce uno de sus caballos de pelo rojo oscuro y con una mancha en la frente; pero no pudo adivinar lo que ha sido de Eumele; mas Ajax que se interesa por éste, que sin duda ha apostado por él, no quiere oír hablar de un accidente; afirma que Eumele sigue siempre á la cabeza y aún se muestra bastante duro; pero el rey decreta: «No eres ya, le dice, el más joven de los griegos; tu vista se ha debilitado; sin embargo, no cesas de entregarte á inútiles conjeturas sin pensar que no te con-

viene distraerte en oír frívolos discursos y que tienes juegos que merecen más crédito. Te sostengo que los caballos de Eumele son siempre los primeros en la carrera, y que él es el que avanza teniendo aún las riendas en la mano.»

Idomene responde con furia; propone á Ajax, hábil en sembrar el insulto, pero inferior en lo demás á sus rivales, apostar una cuba ó un trípode. Aquiles los calma, y los hace observar, no sin razón, que esta disputa es inútil, puesto que en un momento todo el mundo sabrá lo cierto.

Idomene tiene razón: Diomedes es el que se presenta primero. A la extremidad del circo detiene sus corceles: torrentes de sudor corren de sus cabezas y de sus pechos en la arena. El hijo de Tideo salta de su carro é inclina su fusta contra el jurado. Sthenelus, que daba hacia poco á su amo el consejo de huir, no es indolente para apoderarse del premio, y ordenando á sus compañeros llevarse la hermosa cautiva y el trípode, desengancha él mismo los caballos. Antiloque es el segundo, seguido muy cerca por Menelao que le hubiera alcanzado si la distancia fuera más larga. Después viene Merion. Eumele vuelve al paso con su carro roto.

No falta nada á esta relación y á esta carrera, ni el accidente de rigor, ni la reclamación; aún hay dos reclamaciones. En efecto, Aquiles, conmovido por la desgracia inmerecida de Eumele, quiere darle el segundo premio: Antiloque mantiene sus derechos, no sin razón, y Menelao irritado interviene á su vez, para hacer una protesta contra Antiloque.

«Sólo hiriendo mis caballos, le dice, han podido los tuyos, que le son inferiores, adelantarme. Vosotros todos, jefes de la Grecia, sed nuestros jueces, sin dejaros cegar por el pavor.» Pero ¡oh fenómeno, bien raro en presencia de esta protesta! El joven y sabio Antiloque, renuncia á sus derechos, reconoce lo justo de la reclamación y abandona á Menelao la yegua que constituye el segundo premio.

Entonces se presenta una lucha de generosidad: cada uno quiere sacrificarse á su vez. Menelao no quiere recibir la yegua. «Recibe, dice á Antiloque, de mi mano, el premio que debía pertenecerme, á fin de que se sepa aquí que mi alma no es implacable.

Antiloque se llevará, pues, la yegua. Menelao se contenta con la cuba brillante; Merion, con los dos talentos de oro; Eumele recibe una rica coraza; Aquiles da, en fin, al decano de la asamblea, al sabio Nestor, una copa profunda en recuerdo de los funerales de Patrocle, y el anciano, lleno de alegría, da las gracias al héroe en un discurso un poco largo en que recuerda sus hazañas que todo el mundo escucha con política.

Nada dirémos del resto de la lucha, cuyo premio es una infatigable mula: el juego del cinco, del arco y del venablo, y la carrera á pié en que es vencedor Ulises, porque inspirado por Minerva, es decir, por la prudencia, ha sabido reservar para un supremo esfuerzo sus fuerzas. En estas diferentes pruebas no figuran los caballos.

Pero se dirá, en ninguna parte se habla del famoso caballo de Troya. Es que en efecto la *Iliada* no se ocupa de él; primero, porque es de madera, y después porque el poema concluye antes de la muerte de Aquiles, y por consiguiente antes de la caída de Troya.

LE JOCKEY.

COMBATE DE UN PERRO Y UN HOMBRE SIN PIERNAS.

Las apuestas se hacían cuando entré en la sala; chelines y medias coronas salían de los bolsillos de los rudos *workmen* (obreros), y en las manos de algunos brillaban los soberanos.

— ¡Cinco chelines por Cripply!
— ¡Dos libras por Cripply!
— ¡Cinco por Bum!
— ¡Diez!
— ¡Veinte!
— ¡Veinte libras! ¡quinientas pesetas!

Los más valientes no pasaron de esta cifra; pero, visto lo roto de sus ropas y desnudo de las personas, me pareció ya mucho. ¡Veinte libras! Pero se contaban de aquel *Bum* tantas maravillas, que yo, extranjero y prudente, al oír las relaciones de los entusiastas, las hubiera apostado si las hubiera tenido. La fiebre me ganaba. Aquellos andrajosos manejaban las piezas de oro como puñados de cuartos, y ante aquel espectáculo, una sonrisa embrutecida se mostraba en las bestiales mandíbulas de los trabajadores del *Wapping*.

Es preciso decir también que el programa era tentador. ¡*Cripply* y *Bum*! Iba á correr la sangre; era cosa segura. Se iba á ver esa hermosa sangre roja, esa sangre humana, que hace estremecer á las mujeres nerviosas y á los hombres sensibles cuando sale de una herida. Sin embargo, mujeres habría apenas seis en la sala, jóvenes, chiquillas ávidas de emociones; pero, en cambio, estaba llena de hombres. Contenia tantos como pueden contener 30 piés

cuadrados cuando un espacio de 10 queda reservado en el centro para la arena. No había allí sino un público escogido. Dos mocetones se encargaban en la entrada de recibirlos.

Era el sótano de una taberna; la calle, siniestra y asquerosa; el establecimiento, lóbrego, y los aplausos de los espectadores, como los ruidos de la lucha, se perdían en las negras ondas del mudo Támesis.

Concluidas las apuestas, suenan las ocho. ¡Atencion! De pronto todo queda en silencio. Sólo se oyen las roncadas respiraciones de los bebedores de cerveza y ginebra; allí todo el mundo es puntual; así es que á la última campanada, la puerta del fondo se abre y la sala entera aclama al campeón.

— ¡Cripply! ¡Cripply!

Una masa de carne desnuda y enorme aparece con un movimiento de báscula. Al pronto no me daba cuenta del objeto, sino que la cosa que se movía sólo tenía tres piés de alto, y creí sería un enano; pero cuando estuvo en plena claridad vi que el enano era un gigante cortado por el medio y sin piernas.

Aquel gigante era sólo un busto, y sentado sobre el principio de las piernas, que un saco de cuero encerraba hasta la cintura, se adelantaba con rapidez, apoyado como un mono sobre sus brazos de ciclope, y, sin embargo, su cabeza se parecía más á la de un perro de presa que á la del mono. La frente larga, corta la nariz, inmensa la boca, y, bajo espesas cejas salientes, ojos redondos y feroces.

Después de haber saludado al público, se colocó en uno de los dos postes que había sólidamente fijados en la arena, y al que estaba sujeta por un anillo de hierro una faja gimnástica, que atorchó á su talle, quedando así sujeto al poste.

Todos los músculos se señalaban en su torso de Hércules, tanto más visibles, cuanto que el vello del pecho, así como el de la cara, á excepción de un bigote como un cepillo, estaban afeitados. Largas cicatrices rayaban su cuerpo, señales de otras luchas. En su mano izquierda faltaban dos dedos.

Se respaldó contra el poste, se frotó el cuerpo con un puñado de arena, y, queriendo sonreír, mostró sus dientes, como si fuera á morder.

En aquella sonrisa feroz, en su mirada afilada, en aquel lamentable tatuaje de extrañas cicatrices se leía una serie de aventuras trágicas.

De pronto una voz ronca, que parece salir de una caverna, dice:

— Y ahora, caballeros, cuando gustéis.

Era el pedazo de hombre el que hablaba, y casi en seguida se oye un ruido de pasos precipitados, como el galope de un animal, y sordos gruñidos.

— ¡Hé aquí Bum! — gritan algunos. — ¡Bum!

Y el segundo campeón aparece.

Tirando con todas sus fuerzas de una cadena, arrastraba á su amo, un mozo bien sólido sin embargo, y mostrando su gorda cabeza de perro de presa y sus terribles mandíbulas entreabiertas, dió la vuelta á la arena en medio de frenéticas aclamaciones, y su amo lo ató al otro poste, enfrente del de Cripply.

Si éste tenía músculos de caballo, el perro los tenía de toro, y en pié, sobresalía de la cabeza del gigante.

Mientras lo sujetaban bien á la cadena del poste, aullaba al hombre y le mostraba sus dientes.

El público reía y gritaba: ¡*Bum!* ¡*Bum!*!

El director del *sport* tuvo gran trabajo para obtener el silencio. Aquellos gritos disgustaban al hombre. ¡El perro más aclamado que él!... Parecía celoso, pues en la lucha es ya una ventaja las simpatías del público.

Y mientras gritaban, el perro, excitado, tiraba de su cadena y aullaba de rabia.

En fin, se callaron. El campeón había tomado la posición del *boxador*. El *starter* dió la señal.

— ¡Vamos!

El que contenía al perro por el collar, lo soltó; pero el arranque fué tan violento, que la sacudida de la cadena lo echó para atrás. Saltó de nuevo y se oyó un ruido sordo, como el de un hueso que se rompe: bajo el puño del gigante la mandíbula del perro crujía.

El hombre, sujeto á su poste, no podía recular; el perro no podía ir más allá del largo de su cadena. Pero todo estaba calculado con equidad. Si el puño del luchador alcanzaba al perro, éste, con sus dientes, podía herir su pecho y brazos. No había nada que decir.

Sin embargo, algunos murmuraban. Hubieran preferido ver sueltos á los campeones luchando libremente cada uno con sus armas naturales.

Un segundo golpe derribó al perro. Se levantó rugiendo, y entonces empezó la verdadera lucha.

El público los animaba con sus gritos, y la sangre corría, la del animal sobre el hombre y la de éste sobre el animal.

Esto duró bastante tiempo.

El cuarto de las ocho sonaba cuando el público gritó:

— ¡*Bum!* ¡*Bum!* ¡*Bum!* ¡*Cripply!*

¡Tres Bum por un Cripply! De los dos brutos, el de cuatro patas recogía los bravos: era el más fuerte.

— ¡Anda, muerde, no sueltes!

— ¡Pégale, Cripply, pégale!

Y Cripply pegaba; su brazo derecho se levantaba como una maza y caía sobre el animal.

Pero éste había cogido el puño de la mano izquierda y se aferraba allí; sus dientes se clavaban tanto como el hombre pegaba. Aquel temible peso de músculos y nervios no hacía sino apretar más el puño.

Y los gritos seguían. Exasperado, loco, embriagado de rabia, Cripply pegaba siempre; arriba, abajo, en los ojos, en la nariz, en la boca. El otro apretaba más sus dientes. La sangre brotaba á cada golpe, pero corría también como una fuente del puño.

El hombre, rojo y chorreando sudor, empezó á palidecer. Trataba de romper el cráneo; pero éste, demasiado duro, resistía.

— ¡El ojo, el ojo! — gritó una voz de mujer.

Y una joven de veinte años, hermosa de espanto y furor, empujando á la gente, llegó hasta la cuerda de la arena, y con voz llena de angustia le gritó:

— ¡Johany, querido mio, el ojo, el ojo!

¿Qué quería que le hiciese al ojo? El perro, casi cegado, no veía.

Pero entonces la mano crispada del hombre se apoyó en la frente, su pulgar se hundió un segundo, y se vió de pronto al perro soltar la presa dando horribles aullidos.

Después se puso á dar vueltas con la lengua fuera de la boca para coger el ojo que colgaba de su hocico ensangrentado.

Entonces hubo un tumulto indescriptible.

— ¡Vergüenza! ¡vergüenza! Eso no es juego franco, no es leal... — gritaban algunos.

Mientras el vencedor, impaciente, sacudía sobre el suelo los pedazos rojos que colgaban de su brazo.

Joc.

SPORT (1).

Acababa de recibir una carta de Amalia, que, dicho sea con el debido sigilo, es mi novia, y estando todavía dulcemente embelesado en la lectura de aquellos renglones, vino á distraer mi arroamiento un sobre, que abrí, y del cual salió el programa de las carreras de caballos que han de efectuarse en fecha no lejana en el Hipódromo de Puntales.

¡Qué cosas tan opuestas—dije yo en un ímpetu—mi novia y los caballos! El amor y el sport, la poesía en su más genuina manifestación envuelta y rodeada en frases de cariño, de protestas, de ferviente pasión, y la prosa de la vida traducida en premios que se ofrecen, en la lucha reñida, en el triunfo con sus vítores y sus honores ó en la derrota con sus desprecios y amarguras.

Pero después de todo, ¿por qué he de creer yo que exista esta oposición entre una idea y otra, si el amor y los que le rinden culto no efectúan más que una carrera de caballos donde el jinete que sabe coger la cuerda, léase entender la aguja de marear, llega primero á la meta, llevándose el corazón y la dote, si es que la hay, de la adorada de su alma?

Preocupado en estas reflexiones, cerré la Ley de Enjuiciamiento que se mantenía en cómoda posición delante de mi carpeta, cogí unas cuantas cuartillas de papel, mojé la pluma en el cristolino tintero que á mi diestra se hallaba, y sumido en profunda meditación me quedé pensando y escribiendo sobre esto asunto.

Cumple una niña trece años; la raza va mejorando, mejora que se caracteriza por una notable precocidad que permite que se esté *in condition* á tan corta edad, cosa que no era posible en los tiempos que precedieron á este bendito siglo del vapor y la luz eléctrica; y en cuanto frisa la tierna joven en la citada época de su vida ya comienza el *training*, que si en el terreno hípico consiste en largos paseos, en *canters* y en abundantes piensos, aquí estriba en frecuentes excursiones al Perejil ó plaza de Mina, en estreñar vestidos de Palmira, en girar frecuentes visitas á casa de Tovia á escoger las telas que se usarán en la próxima primavera ó en el futuro invierno; en una palabra, á prepararse debidamente para el *meeting* que muy pronto debe verificarse.

Es también cosa en extremo higiénica y que da muy buenos resultados la Velada de Nuestra Señora de los Angeles; el convencer á papá que se haga socio del Casino Gaditano, que aunque no se baile, hay unas sillas muy cómodas en segunda fila, las cuales á más de aligerar el peso y de amaestrar al debutante ó debutanta para cuando llegue el caso de la carrera de *ensayo ó prueba*, sirven para

que las competidoras y sobre todo los *bookmakers* se fijen en la *performance* que es indispensable en este caso.

Se llega á la crítica fecha de las quince primaveras, la edad del color de rosa y de las ilusiones; y entonces, si se ha seguido este trabajo y este método, se corre por la pista con tal viveza, se hacen tales estragos en el *turf*, que los bolsillos, es más, los corazones de los *sportsmen* se encuentran á la luna de Valencia, como cuando gana *Picador* se quedan los que han apostado libras y duros por *Babieca*.

Hacen el amor ó el oso, que después de todo es lo mismo, varios apreciables jóvenes á idéntica individuo, y aquí aparece con todas las reglas del arte el *handicap*, terror de los neófitos en estas áridas materias, objeto de burlas para los despreocupados, y verdadero laberinto para aquellas personas peritas en el sport.

Antes de la carrera se pesan los competidores, y acuden á la Secretaría de la Sociedad, esto es, á la calle donde vive la beldad, con sus estribos y sus arreos, es más, con sus esquelas preparadas, sus ilusiones y sus esperanzas.

Que uno tiene más probabilidades que otro, que aquél es más rico que éste, pues el *handicap*, vulgo la suegra, le *alixa 15 libritas* más; se le hace que no vea á la niña tanto como deseará; se le pintan por buenos y antiguos amigos de la casa las cualidades morales de la alhajita que *pretende ganar* para que corra con más *sprit*, meta más la espuela, usando del látigo y del castigo con más coraje.

Que uno por fin se lanza y no tiene feliz resultado en sus pretensiones, *bolted*; que otro se cansa y se aburre dejando libre el campo á sus competidores, *scratched*; que hay dos que son igualmente preferidos y ambos se creen felices y triunfantes en su amorio empeño, *dead heat*; en una palabra, que hay para todos los gustos y todos los casos que puedan presentarse.

Pues, señor, que varía la escena, y en lugar de marchar todo á pedir de boca, hay oposición por parte de la familia de la niña; y aquí son las verdaderas *carreras de obstáculos*, que no son flojas las que pegan los enamorados en tales deplorables circunstancias. Las hay *hurdle race* y *steeple chase* cuando media el depósito, la huida, etc.

Cuando todo se arregla y van los novios al altar á jurarse una eterna fe, se llega á la meta tocando el *Juez la campana* de atención ó de alerta que le avisa al *audaz ganador* la majadería que ha efectuado, recibiendo al mismo tiempo plácemes y enhorabuena de cuantos espectadores se hallan en el *stand* mirando, como quien dice, los toros desde la barrera.

Hay disgustos en el matrimonio, no se llevan los cónyuges con aquella armonía que fuera de desear; y aquí comienzan las protestas ó reclamaciones.

En las verdaderas carreras estas protestas no suelen nunca prosperar.

Uno de los esposos falta á sus deberes matrimoniales, recorriendo el otro la pesada distancia de la carrera conyugal, entrando aquí de lleno el *walked over* del sport; pero si ambos se olvidan de sus respectivas obligaciones yendo cada uno por torcida senda, tiene lugar la *compensación*, carrera que no falta en ningún programa, porque el sport, entre otras mil cualidades preciosas que posee, tiene en alto grado la de la equidad.

Muere el marido ó muere la mujer, y el cónyuge superviviente se rinde de nuevo al inflexible yugo de Cupido; entonces se verifica la *consolation*, que es la última en todos los *meeting*, y en la cual no hay peripecias ni emociones, porque sólo toman parte en ella los escarmentados ó derrotados en otras luchas.

Llegaba yo á este punto de mi hípico trabajo, cuando me encontré agradablemente sorprendido con la visita de un querido amigo mio, casado por más señas, á quien hacía tiempo que no veía, y lo que es natural, hube de suspender la escritura de estos renglones para entregarnos á íntima y cariñosa conversación; la casualidad hizo que tropezáramos con estas cuartillas y su amistad me reclamó que se las leyera. Al terminar la lectura hube de preguntarle:

— Mira, Antonio, cuando se le muere á uno una suegra como la tuya, modelo de *amabilidad y cortesania*, ¿qué carrera sería ésa?

Antonio me contestó vivamente:

— Eso sería el *Grand Prix*; pero por desgracia éste no se efectúa sino en París, y mi suegra vive en Sevilla.

Tableau.

RAFAEL DE LA VIESCA.

Cádiz, Agosto de 1884.

VIAJE DE UN COMETA.

El siguiente humorístico artículo fué publicado en el *New-York-Herald* en ocasión en que los americanos estaban muy preocupados con la aparición de un cometa.

Hemos recibido el siguiente anuncio, y como su objeto es de un interés profundo y general, nos creemos plenamente justificados de su inserción en el periódico. Estamos seguros de que nuestra conducta en este asunto no merece sino una aplicación, no una apología. (*La Redacción del New-York-Herald.*)

AVISO.

Tengo el honor de informar al público que, en unión con Mr. Barnum, he alquilado el cometa por cierto número de años, y deseo obtener el patrocinio del público para una empresa ventajosa que tenemos á la vista. Nos proponemos establecer en el cometa departamentos confortables, y aún lujosos, para todas las personas que quieran honrarnos con su protección, y hacer una larga excursión á los cuerpos celestes.

Preparamos un número de hermosas habitaciones en la cola del cometa; cada una será provista de agua fría y caliente, gas, hielo, paracaídas, paraguas, etc. Tendremos salas de billar, de juego, de música, sillas para jugar á la pelota, teatros especiales y salas de lectura; en el puente nos proponemos establecer un parque para paseo de más de 10.000 millas. También publicaremos periódicos cotidianos.

El cometa saldrá de New-York á las diez de la mañana del 20 del corriente, y sería de desear que los pasajeros estén á bordo á las ocho, lo más tarde, para evitar toda confusión al ponerse en marcha. No sabemos si los pasaportes serán necesarios, pero creemos que vale más que los pasajeros se provean de él, poniéndose así en guardia contra toda eventualidad. Los perros no se admiten á bordo.

Se vigilará con esmero por la seguridad de los pasajeros, para lo que se establecerá una balaustrada de hierro al rededor del cometa, y no se permitirá á nadie acercarse sin ir acompañado por un asociado.

El servicio postal tendrá un carácter el más completo. Naturalmente, el telégrafo sólo será empleado de tal manera que los amigos que ocupen habitaciones á distancia de veinte ó treinta millones de millas, puedan enviar un mensaje y recibir una respuesta en menos de doce días. Los telegramas de noche pagarán media tarifa de aumento. Todo este vasto sistema postal estará bajo la dirección personal de Mr. Hale, del Maine. Comidas servidas á todas horas. Las que se sirvan en los departamentos se pagarán aparte.

No tememos hostilidades de ningún gran planeta, pero hemos pensado que valía más exagerar las precauciones, y nos hemos provisto de número suficiente de morteros, cañones y picas de abordaje. La historia enseña que las pequeñas comunidades aisladas están inclinadas á ser hostiles á los extranjeros, y puede suceder lo mismo á los habitantes de las estrellas de décimo y vigésimo grandor. En ningún caso atacaremos inútilmente el pueblo de una estrella, sino trataremos á todos con igual urbanidad y cariño, no conduciéndonos nunca contra un asteroide de una manera, como no nos atreveríamos á hacer con Júpiter ó Saturno. Lo repito, no atacaremos inútilmente ninguna estrella; pero al mismo tiempo rechazaremos prontamente cualquiera injuria que se nos haga y toda insolencia que se intente contra nosotros por los partidos ó gobiernos que residan en cualquiera estrella del firmamento. Aunque nos repugna derramar sangre, observaremos esta conducta rigurosamente y sin temor, no sólo con las estrellas aisladas, sino con las constelaciones. Esperamos dejar una buena impresión de la América en todas las naciones que visitemos de Venus á Urano; pero en todo caso, si no podemos inspirar amor, impondremos al menos el respeto de nuestro país por donde quiera que vayamos.

Llevaremos generales, gran cantidad de misioneros para extender la verdadera luz por todos los cuerpos celestes, que, iluminados físicamente, están aún moralmente en la oscuridad. Se establecerán, donde quiera que sea posible, escuelas dominicales. También se introducirá la educación obligatoria.

El cometa visitará primero á Marte, después irá á Mercurio, á Júpiter, á Venus y á Saturno. Las personas en relación con el gobierno del distrito de Colombia, ó con el primitivo de la ciudad de New-York que deseen inspeccionar los anillos, podrán hacerlo con toda facilidad. Se visitarán todas las estrellas de primer tamaño, dando tiempo para las excursiones interesantes en el interior.

La estrella del perro ha sido borrada del programa. Consagrarémos mucho tiempo á la Osa Mayor y á todas las constelaciones de importancia. Lo mismo sucederá para la Luna, el Sol y la Vía Láctea, este *Gulfstream* de los cielos. Nuestro programa está combinado de tal manera que harémos raramente más de cien millones de millas de una tirada, y aún pararemos en alguna estrella. De esto resultará que las posadas serán frecuentes y el interés constante para el turista. Las personas que por economía deseen no hacer sino una parte del viaje proyectado, podrán quedarse en la estrella que escojan y esperar el viaje de vuelta.

Después de haber visitado todas las estrellas y constela-

(1) De la *Revista Artística y Literaria* de Cádiz.

ciones, las más conocidas de nuestro sistema; y haber examinado personalmente las estrellas, las más lejanas que los más poderosos telescopios han descubierto, emprenderemos un prodigioso viaje de descubrimiento en los turbiliones de los mundos sin número que turban con su alboroto las solemnes soledades y su inimaginable extensión á billones y billones de millas, más de la del límite, el más lejano de la visión telescópica. Irémos hasta que la pequeña bóveda brillante que contemplamos desde la Tierra nos aparezca como una luz fosforescente de lentejuelas. Los niños que ocupen sitios en la primera mesa pagarán cuota entera.

La tarifa de primera clase de la Tierra á Urano, con visitas al Sol, la Luna y á todos los planetas principales del camino, será de dos dollars por cincuenta millones de millas. Se hará una gran rebaja á las personas que hagan la excursión entera. Este cometa está nuevo, en excelente estado, y es su primer viaje. Hace veinte millones de millas por día; pero con una tripulación americana escogida, y el buen tiempo, estamos seguros de poder hacer cuarenta millones de millas. Sin embargo, no nos lanzaremos nunca á una velocidad peligrosa y prohibiremos toda carrera con los otros cometas. Cuando los viajeros quieran tomar otra dirección, ó volverse, se les trasbordará á otro cometa. En todos los puntos principales estamos intimamente unidos con las Compañías más formales; la seguridad depende de ellos, porque nadie podrá negar que los cielos están infestados de viejos esqueletos de cometas que no han sido inspeccionados ni examinados desde hace diez mil años, y que desde mucho tiempo deben estar destruidos ó convertidos en malos barcos; pero nosotros no tenemos con ellos ninguna relación. Queda prohibido á los viajeros de popa pasar de la gran estrella.

Se han ofrecido billetes de favor para la excursión entera al general Butler y á Mrs. Sheper y Richardson, y á otros hombres eminentes que, por sus servicios públicos, tienen derecho al descanso y recreo de tal viaje. Las personas que deseen hacer la excursión completa, tendrán comodidades excepcionales. El viaje entero concluirá en New-York, donde desembarcarán los pasajeros el 14 de Diciembre de 1991. La mayor parte de los empleados del Tesoro cuentan hacer todo el viaje si sus comitentes les conceden una licencia. Toda diversión inofensiva se permitirá á bordo; pero las *poules* sobre la marcha del cometa quedan prohibidas, y el juego, bajo todas sus formas. Respetaremos todas las estrellas fijas, pero fijaremos todas las estrellas que tengan necesidad de estar fijas. Si esto causa algún alboroto, lo sentiremos, pero permaneceremos firmes.

Pagando doble billete, los pasajeros tendrán derecho á una parte de todas las nuevas estrellas, soles, lunas, cometas, meteoros y almacenes de truenos y rayos que podamos descubrir. Los médicos especialistas que quieran hacer reclamos, observarán que llevamos cuadros de anuncios, pinceles y pinturas para emplearlos en las constelaciones. Lo que se avisa para que puedan hacer contratos. Se recuerda á los partidarios de la cremación, que vamos en derecho á ciertos sitios muy calientes. Para las demás personas, nuestra empresa no es sino un viaje de placer; pero para nosotros es un negocio. Juzgamos á nuestro cometa según su valor.

Para más amplios detalles, para carga y billetes, dirigirse á un asociado, pero no á mí, que no me encargaré del cometa sino cuando leve el ancla. Es preciso en estos momentos que mi imaginación no se preocupe con pequeños detalles del negocio.

PARÍS-CLUB.

La caza ha ocupado toda la quincena.

Abrir la caza es uno de los grandes placeres de la gente *chie*.

A la vez que todas las estaciones de ferro-carril se ven llenas de cazadores de la clase media ó del pueblo que aprovechan el primer día de fiesta para darse el placer de ser los primeros en disparar tiros al aire, el gran mundo se reúne en los castillos, donde la gran señora ó el millonario hospedan á veinte ó treinta amigos que abren.

—¿Dónde abre V.?

—¿Dónde van VV. á abrir?

La *Saint Hubert* es, pues, la fiesta de moda en este mes, el pretexto para que la *high life* se reúna en el campo, ya que no pueda reunirse en la ciudad, que está desierta todavía.

Y á fe que el tiempo ayuda á los directores de teatro. Hace un fresco que parece frío. Cinco ó seis salas de espectáculo se han abierto en pocos días, todas con *reprises* de obras harto conocidas, mientras los autores acaban sus nuevas comedias.

En la *Porte Saint-Martin* hemos vuelto á admirar á Sarah Bernhardt... no sé ya si como actriz ó persona heroica.

Todo el mundo persigue á esta excelente persona, cuyo solo defecto es no conocer el valor del dinero.

No hace ocho días que á la puerta de su casa había aglomeración de gente.

—¿Hay fuego?

—¿Se ha muerto á alguien?

Así preguntábamos los vecinos.

—No; son los acreedores.

Enemigos terribles, que la acosan, la embargan, la venden, si no les da cuanto gana.

Por fin, se llegó á un arreglo. Sarah dará todos los días, ó por mejor decir, todas las noches, trescientos francos, de mil que gana, y de este modo podrá estudiar tranquilamente sus papeles y dedicarse á su arte sin que á cada verso que declame paseando á lo largo de su salón vengan á interrumpirla diciendo:

—El tapicero.

—El pagaré de dos mil francos.

—La modista....

Y aún así y todo quedará debiendo á fin de temporada un piquito de medio millón de francos. Es incalculable el dinero que ha pasado, y pasará por las manos de esta artista sin rival que llena su época y que es realmente irremplazable.

Extraña condición la de estas grandes personalidades, destinadas todas á morir sin una peseta!

A un español ilustre que también ha muerto pobre, honró esta mañana la colonia española en la capilla de la Avenue de Friedland. Me refiero á García Gutiérrez.

El Embajador, que es, además de tal, literato distinguido y académico, invitó á los pocos españoles que en esta época hay en París á la misa de *requiem*, que no dejó de estar muy concurrida.

El Marqués de Casa-Riera, el Marqués de Altavilla, el señor Güell y Renté, los artistas Ribera, Casanova, Masó, Miralles, Urrabieta, Luque, D. Carlos Ochoa, el tenor Tamberlick y nuestro gran organista Aranda; una reunión, en fin, de notabilidades españolas que rara vez se encuentran durante el año, rindió culto á nuestro gran autor dramático.

Tamberlick cantó con sumo gusto el *Re Jesu*, de Beethoven; el *Pieta*, signor de Stradella, acompañado por Aranda.

Extraordinaria energía la de este artista, por el cual se diría que no pasan años!

Ayer, en la solemnidad del templo, sus delicadas notas hicieron sentir á los concurrentes, como en los buenos tiempos de este decano de los tenores.

Á medida que el verano se acaba van volviendo nuestros pintores á terminar en París los trabajos comenzados á orillas del mar ó en la soledad del campo.

Casanova, Miralles, Ribera, Madrazo, Rico, Eguiguira, Masó, Garrido, Morillo, Cala y Moya, Jimenez, Pellicer, son tantos los nombres de artistas españoles que honran á la patria....

Sin exageración puede asegurarse que nuestra colonia es la más brillante de cuantas contribuyen á la población de París.

Nuestro amigo D. Manuel Aguader nos enseñó ayer algunos cuadros recién pintados por García Ramos, Moreno, Carbonero y Sanchez Barbudo.

Es imposible que los pintores franceses lleguen nunca á esta brillantez de color que distingue á nuestros compatriotas artistas.

Sin acercarse á un cuadro, puede un *amateur* decir cuál es el que viene de España.

La época, según aseguran los que se dedican al comercio de pinturas, es mala. Sin embargo, los cuadros españoles se venden y se venderán siempre. No hay comprador inglés ó norteamericano que no prefiera las firmas de nuestro país. Gran satisfacción para la madre patria, si la madre patria no estuviera completamente entregada á la política y á los toros.

Las noticias de Italia son desconsoladoras. Nunca se ha visto en país alguno tal desarrollo de epidemia cólera. Seiscientos casos diarios en Nápoles es realmente excepcional, y aún en las grandes epidemias de París no se ha registrado cifra tan imponente.

Así es que se han reanudado los temores de que el cólera pase los Alpes y nos visite en Octubre ó Noviembre.

Ya en esa época París estará animadísimo, y París cuando se divierte no piensa en nada.

Remedio á toda preocupación (galicismo en que todos caemos) es la comedia que vuelve á dar la dirección del Palais-Royal y que han alcanzado ya las deseadas cien representaciones. Me refiero al *Train de plaisir*, que tan admirablemente representan aquellos cómicos.

Verdad es que en aquel teatro todos merecen ser autores, los cómicos y el que escribe la obra, porque todos tienen *esprit* de sobra para las ocasiones.

Una noche Daubray, al salir á la escena, se le olvidó ponerse la peluca.

—¡Fulano!—había dicho Jacinto, y Daubray salió tan cambiado que parecía otro.

Y antes de que el público protestara de la falta de cabellos blancos, Jacinto exclamó:

—¡No es á ti á quien llamo, es á tu padre!

RADAGÁS.

CRÓNICA GENERAL.

ECOS DE TODAS PARTES.

El último sábado abandonó en Zarauz el palacio de los Marqueses de Narros la augusta madre del rey D. Alfonso, con objeto de trasladarse á la elegante morada que poseen en Azcoitia los Condes de Guaquí, desde donde diariamente irá S. M. á tomar las aguas de Cestona.

Pocos días antes de marcharse la Reina madre tuvo lugar en Zarauz la fiesta hípica que anuncié en mi anterior.

El diputado Sr. La Iglesia y el Duque de la Unión de Cuba, organizadores de la fiesta, escucharon, tanto de doña Isabel II, como de los veraniegos de Zarauz, unánimes muestras de aprobación por sus acertadas disposiciones.

Poco antes de las cuatro de la tarde se presentó en el improvisado hipódromo S. M., á quien la música del regimiento de Asturias hizo los honores correspondientes. En un elegante *break* acompañaban á D.^a Isabel los Marqueses de Narros, Villasegura, Victoria de las Tunas, Duquesa viuda de Híjar y doctor Benjumeda, siendo recibidos en primer término por la presidenta del Jurado nombrado al efecto, Srta. D.^a Soledad Mencos y Ezpeleta, dando inmediatamente principio la fiesta, en la que tomaron parte los Sres. Goyeneche, Gomez Acebo Retortillo, Vera, Romea y Unión de Cuba, disputándose ágilmente los premios regalados por la Condesa de Guaquí.

Sirvióse después un espléndido *buffet*, sucediéndose inmediatamente una tanda de valse, polkas y rigodones al són de excelente música militar y que puso fin á esta fiesta, de la que se conservará en Zarauz grato é imperecedero recuerdo.

En la noche del 3, y cuando la tertulia de S. M. estaba más animada, relatando cada una de las familias los preparativos que hacían para recibir dignamente al siguiente día la visita de D. Alfonso y D.^a Cristina, supose por un telegrama la suspensión del viaje de SS. MM. Inútil es decir el gran sentimiento y la desagradable sorpresa con que inmediatamente circuló allí la noticia.

Los Marqueses de Narros habían adornado el hermoso parque de su palacio con banderas, flores, gallardetes, elegantes farolas y dedicatorias alusivas á la llegada de los Reyes. La Condesa de Guaquí tenía preparada una fastuosa y caprichosísima iluminación en su palacio; el Ayuntamiento del pueblo había también hecho análogos preparativos; en Guetaria, donde iban á desembarcar SS. MM., teníanse preparados también digno recibimiento.

En San Sebastian habíanse organizado distintos festejos con igual motivo. El banquero Sr. Arnús, que residía en el *Hotel Continental*, había hecho adornar á sus expensas la fachada del edificio con profusión de banderas nacionales y caprichosa iluminación á la veneciana.

La Duquesa de Bailén tenía preparado en su palacio de Ayete digno hospedaje á los Reyes, y finalmente, la Diputación y el Ayuntamiento pensaban recibirles ostentosamente.

La noticia oficial de existir el cólera en España ha sido causa de que la temporada veraniega sea este año más corta que los anteriores. Numerosas familias han regresado ya á la corte; hay algunas, sin embargo, pero éstas son en menor número, que piensan pasar el invierno en San Sebastian, Zarauz, Ávila ó La Granja.

Escriben de este último punto que con la vuelta allí de la Real familia han vuelto á reanudarse las excursiones y fiestas campestres.

Los señores de Bañer celebran frecuentemente animados bailes, á los que asiste lo más selecto de la sociedad cortesana.

La Duquesa de Medinaceli obsequia á sus amigos con succulentas comidas campestres, y, en una palabra, que la vida en aquel Real Sitio sigue siendo sumamente animada y divertida.

Entre los ecos de la corte figura en primer término el próximo enlace de la Princesa de Salm-Salm, Duquesa viuda de Osuna, con el heredero de una muy ilustre familia

alemana, el Duque de Croy, conocido ya en la sociedad cortesana, que frecuentó el invierno anterior.

La boda, según se dice, se celebrará dentro de un mes en el castillo de Beauraing (Bélgica) y serán testigos el Duque de Fernan-Núñez y un Príncipe de Salm.

También contraerán en breve matrimonio los dos hijos del senador D. Luis Estrada, verificándose primero la del menor de ellos, D. Antonio, con la linda heredera del Marqués de la Oliva, apadrinando este enlace el ministro de la Gobernación, Sr. Romero Robledo; y poco tiempo después la de su hijo primogénito con la hija única de un conocido agente de Bolsa.

También en el mes de Noviembre se verificará la de la Srta. D.^a Soledad Estéban y Fernandez del Pozo con el heredero de los Marqueses de Encinares; y para igual fecha se unirá el menor de los hijos del Duque de Aliaga a la Srta. D.^a Agustina Mitjans y Manzanedo.

Dícese también que una bella viuda, cuyo padre ocupa un alto puesto en la milicia, contraerá segundas nupcias con un opulento título de Castilla.

En la semana anterior ha bajado al sepulcro un personaje respetable, muy apreciado y querido en la *high life* de la corte, el Sr. D. Fernando Díaz de Mendoza y Varcárcel, conde de Balazote y de Lalaing, grande de España de primera clase, caballero del Toison de Oro, gran cruz de Carlos III y senador del Reino por derecho propio. Fué jefe superior de Palacio en tiempos de D.^a Isabel II, dejando en la Real Casa muestras de su inteligencia y actividad.

Hereda sus títulos y su cuantiosa fortuna su hijo el Marqués de Fontanar, á quien, como á sus nietos, enviamos el testimonio de nuestro pesar, acompañándoles en su dolor.

EL MARQUÉS DE FUENTE-LINDA.

Madrid, 10 de Setiembre de 1884.

NOTICIAS GENERALES.

La Sociedad Central de Horticultura ha decidido celebrar la Exposición de Horticultura en los Jardines del Buen Retiro, en la primera quincena de Octubre.

La Exposición regional vinícola de Haro se ha instalado en el edificio de las Escuelas, adornado convenientemente. Entre las diversas instalaciones merece especial mención la de los Sres. Ruiz de Velasco, del comercio de vinos, en forma de escaparate, sostenido por toneles y cajas de envase. Próximo á ésta hay un furgón de botellas, instalación de los Sres. Prado, Lacort y Compañía, también del comercio de vinos. Sigue luego, de sencilla pero elegante forma, la instalación de D. Isidro Cortuera, ilustrado y rico viticultor de Rodezno, que expone los vinos de su bodega. La ex-emperatriz Eugenia y su apoderado el Sr. D. Bernardo Spenz de Cenzano exhiben los vinos de Baños de Rioja, la primera, y los de su hermosa finca *El Priorato*, el segundo, en una instalación en forma de anaquelaría. Dos bonitas pirámides que sostienen un escudo, formado todo con botellas, es la instalación del Conde de Cirat y de Villafranca. El testero del salón lo ocupa la preciosa instalación de la Compañía Vinícola del Norte de España, que expone vinos y toneletería. De D. Cesáreo Heredia, propietario y del comercio de vinos, es la otra instalación de dos tonelitos con sus correspondientes canillas ó tubos de salida. Según indica este expositor, la prueba es libre. Siguen luego máquinas y artefactos que se emplean en la viticultura y vinicultura. El salón de máquinas, al que da acceso el anterior, está ocupado por Mavrodan, hijo de Logroño; R. Lopez de Heredia y Felipe Perez, de Haro, y Aveoli, de Zaragoza. La casa Noel también ha expuesto sus notables máquinas.

En el salón de la izquierda, y por el mismo orden que se ha seguido en el anterior, se encuentran: la instalación de D. Dionisio des Prado, con espíritus, aguardientes y licores; la de D. Juan Baltanas, con licor de sobremesa elaborado con vino de su cosecha; la de la señora Viuda de Roenad, con clarificante de vinos, de albúmina de huevo y sangre cristalizada; la de D. Juan Cicario, con licores y anisado Mendizábal; la de D. Justiniano Iturriagoitia, con espíritus, aguardientes y licores; la de los Sucesores de García Cid, con espíritus, aguardientes y licores; la de Campo y Compañía, con aguardientes, ácido tártrico y cremores; la de D. Galo Gárate, con vinos; la de D. R. Lopez de Heredia, con útiles y aparatos de bodega; la del señor Marqués de Muriet, con lúpulo, vinos y aceite de su posesión Casas de Igay; la de D. Segundo Poves, con vinos, aguardientes y vinagres; la de D. Felipe Ugaldé, con vinos; la de doña Agueda Arce, con vinos; la de D. Lucas Ardanza, con odres; la de D. Eloy Rubio, con cepas

de cuatro y seis años y un sinnúmero de racimos, y, finalmente, la instalación general.

El conjunto de la Exposición es notable y digno de estudio para los interesados en esta parte de la riqueza de nuestro suelo.

Frederic Archer ha ganado desde el principio de la estación de carreras hasta el fin de la reunión de Goodwood, 162 carreras.

En un estudio que M. Masson ha publicado en la *France Agricole* sobre las palomas viajeras, recuerda un medio empleado por los chinos para preservar las palomas de las aves de rapiña.

El medio consiste en varias especies de pitos fabricados con calabazas pequeñas ó pedazos de corteza de bambú, en los que se hace una abertura que produce silbidos cuando recibe el viento. Estos pitos, que producen varios sonidos á la vez, son muy ligeros y los sujetan á las plumas de la cola de las palomas, lo más cerca posible de la parte en que éstas penetran en el cuerpo del animal. La rapidez del vuelo hace que el aire hiera vivamente el pito que produce sonidos prolongados. Las aves de rapiña que podrían atacarla, asustadas de aquel ruido para ellas desconocido, y que se oyen á larga distancia, dejan pasar á las palomas, que, gracias á esta invención, se salvan del peligro.

El gobierno dinamarqués ha enviado á Prusia dos oficiales, encargados de estudiar la organización de los haras en este país y las medidas tomadas por la Administración para fomentar la producción caballar. El gobierno de Dinamarca parece piensa crear un haras parecido al de Graditz, y los productos de este establecimiento podrán tomar parte en las carreras. Hasta ahora sólo existe un solo haras dedicado á la producción del caballo de pura sangre, que es el de Fredericksborg, de donde salió *Cesar*, vencedor del *Derby* de la Alemania del Norte en 1880.

Los periódicos americanos anuncian que á *Parole* lo han retirado de las carreras. El caballo de Mr. Lorillard, que tiene ya once años, ha ganado bien sus invalidos. En 1875, cuando tenía dos años, corrió por primera vez, y el año pasado ganó aún algunas carreras en América. Ha tomado parte en 124 pruebas, tanto en Inglaterra como en América, y ganado 59 premios, que suman 82.233 dollars.

El departamento de Agricultura acaba de publicar sus estadísticas completas de la cosecha entera de los Estados Unidos en el año de 1883.

Hé aquí un extracto de ellas:

Los cereales están en *bushels* de 65 libras, y el algodón en balas de 450 libras, ambos en números redondos, y las de 83 comparadas con la del año anterior:

	1883.	1882.
Maíz.....	1.650.000.000	1.625.000.000
Trigo.....	420.155.000	505.000.000
Avena.....	572.000.000	500.000.000
Algodón.....	6.000.000	6.950.000

La cosecha de trigo en Europa fué de 1.100 millones contra 1.300.000.000 en 1882, siendo una cosecha normal de 1.150.000.000 de *bushels*.

Una captura muy interesante han hecho en Penchateau, arponando una luna de mar (*tetrodon lune*) tan enorme, que no pudiendo subirla á bordo, la tuvieron que llevar á remolque del *yatch* con que la cogieron, hasta Croisic, donde fueron necesarios tres caballos para sacarla á la playa. Este monstruo marino pesa más de 1.300 libras y mide 2,40 metros de largo y 2,60 de ancho. Los más viejos marinos aseguran no haber visto nunca parecida, y seguramente no la habrá de este tamaño en ninguna colección ni Museo. La luna de mar es un pescado casi chato y de forma oval, cuyos tonos plateados y fosforescentes la hacen parecer, cuando duerme acostado en las olas, al astro de la noche.

El 16 de Agosto se verificó en Australia un *sculling-match*, cuya apuesta era de 25.000 pesetas y el título de *Campeon del Mundo*, entre E. Haulan y W. Beach. El primero fué derrotado por siete cuerpos; de modo que ha perdido el título que llevaba y que á su vez ostenta hoy Beach.

Un estudio oficial sobre la producción del papel en el mundo, ha producido curiosos resultados. De él aparece que existen 3.985 fábricas, repartidas en la superficie del globo, que producen anualmente 952 millones de kilogramos de papel.

La mitad, ó sean 476 millones, la utiliza la imprenta. Los periódicos emplean anualmente más de 300 millones de kilogramos. Este consumo ha aumentado en una tercera parte en los últimos diez años.

Los gobiernos consumen para sus servicios administrativos 100 millones, las escuelas 90, comercio 120, la industria 90, y la correspondencia privada 52. De todas las naciones la que produce y consume más papel es los Estados-Unidos, donde existen hoy 900 fábricas. Después sigue Inglaterra, con 800 fábricas, que producen 185 millones de kilogramos, representando 200 millones de francos. La Francia ocupa el tercer lugar; sólo posee 300 fábricas.

Un hábil estadista ha calculado que:

Un ruso consume 1 libra de papel por año.

Un español 1 $\frac{1}{2}$.

Un mejicano 2.

Un italiano y un austriaco 3 $\frac{1}{2}$.

Un francés 7 $\frac{1}{2}$.

Un alemán 8.

Un americano 10 $\frac{1}{4}$.

Un inglés 11 $\frac{1}{2}$.

La célebre yegua *Mand S.*, que pertenece al riquísimo Mr. Vanderbilt, de los Estados-Unidos, ha verificado el trabajo más brillante, para un trotador. Ha recorrido una milla en dos minutos nueve segundos tres cuartos, lo que la coloca muy por cima de *Jay Eye See*, otro trotador célebre, que recorrió el mismo trayecto en dos minutos, diez segundos, y que pareció entonces maravilloso.

La Virgen de Belen es el título de la última obra publicada por *El Cosmos*. En la novela debida á la pluma de Fortunio todo es sentimentalismo y pertenece más bien al género romántico. Creemos gustará su lectura, pues el estilo es brillante y esmerada la traducción. Es una de las más lindas novelas publicadas por la diligente y acreditada casa.

El doctor Tunisi, médico militar italiano, recomienda para el cólera, como el único remedio, el uso del láudano. En un folleto publicado por dicho señor, que ha asistido á las epidemias de Crimea, Mesina y Gaeta, leemos lo siguiente, que conviene ser conocido por nuestros lectores:

«El cólera se manifiesta siempre con dos períodos, que divide y señala la primera forma patológica de la segunda. El primero, ó sea el cólera ligero; el síntoma de un ataque cólico tiene un carácter de diarrea simple sin cólico, que se repite cinco, diez veces en un día. A pesar de este fenómeno el estado general se conserva en buenas condiciones. Este flujo intestinal dura, por término medio, dos, tres, cinco días, antes de llegar el segundo período, el cual no llega nunca de pronto, sino siempre precedido de la diarrea.

«Segundo estado: cólera grave. De un modo brusco se aumentan las deposiciones y se presentan vómitos; se suspende la orina, hay calambres, la piel se enfria y se cubre de sudor, se pierde el color y casi el pulso.

«Estos son los síntomas que caracterizan el segundo período.

«Hemos dicho que el cólera, en el segundo período, viene siempre precedido de la diarrea, que es el primer síntoma del cólera ligero, y éste se puede curar con el método recomendado.

«Apénase se declara en un país cualquier caso de cólera, las familias deben proveerse de 10 á 15 gramos de buen láudano, encerrado en un pequeño frasco de cristal, del que harán uso á la primera manifestación de la diarrea. No es preciso empezar la cura desde la primera deposición, sino de la tercera á la quinta, pero nunca dejarlo para más tarde, sucediendo algunas veces que el período de diarrea que precede al cólera grave, de uno, dos ó tres días, lo adelanta en pocas horas. Apénase, pues, se manifieste en un individuo la diarrea, no se preocupen en pensar si podrá ser producida por indigestión ú otra causa; estas cuestiones hacen perder un tiempo precioso, que puede decidir de la vida ó de la muerte del enfermo. Se le administra en seguida el láudano de esta manera: se llena de agua una cucharita común, y se le echa de 15 á 20 gotas de láudano. Esta dosis se repite, de media en media hora, hasta que la diarrea disminuye en frecuencia y cantidad, lo que sucede casi siempre después de la tercera dosis. Entonces se disminuye en la tercera parte ó en la mitad la dosis de láudano, y se administra con más intervalo. No hay inconveniente en echar en la cucharita un poco de azúcar. Se entiende que para los niños la dosis deberá ser de tres á cinco gotas. Para los mayores, de cinco á 10; de catorce á diez y ocho años, 10 á 15, y para adultos, 15 á 20. Por lo común, cuatro á seis gramos de láudano completan la cura. Una buena taza de café, con algunas gotas de ron, basta á quitar la somnolencia que pudiera manifestarse.»

CARRERAS DE CABALLOS EXTRAORDINARIAS

DE PORTUGAL.

HIPÓDROMO DE CINTRA.

Día 28 de Agosto de 1884.

1.ª GENTLEMAN-RIDERS. — Premio de las señoras: Un objeto de arte. — Matricula, 2.250 reis. — Distancia, 1.000 metros.

Mia.	cer.	73 kgs.	D. Eduardo M. Marques.	El dueño,	1
Zetre.	cer.	65 »	Sr. Conde de Sobral.	Caldesira,	2
Azeltona.	cer.	70 »	Vizconde de Tojal.	El dueño,	3
Brillante.	4 años	65 »	Jorge Riveth.	D. M. Meneses.	
Le Dernier.	cer.	65 »	José Bello.	J. Massa-enhu.	

Ganada por medio cuerpo.

2.ª Premio de honor ofrecido por la Sociedad Promotora do Apuramento de raças caballares. — Distancia, 600 metros. — Los jinetes colegiales.

Sofia.	Yegua de la Quinta Regional de Cintra, montada por Botello.	
Almanzor.	»	Anjos.
Irak.	»	Tójal.

3.ª Premio de S. A. R. el Principe D. Carlos: Un objeto de arte. — Matricula, 4.500 reis. — Distancia, 1.500 metros.

Fritz.	cer.	60 kgs.	D. Alfredo Anjos.	1
Ophelia.	4 años	60 »	» John Attens.	2
Wladimir.	4 »	65 »	Conde da Ribeira Grande.	3

4.ª Premio de honor, ofrecido por la Sociedad. — Distancia, 600 metros.

Abdel-Melech.	5 años.	Boletto.
Catigue.	5 »	Anjos.

5.ª Premio de la Sociedad: Reis, 60 000; 45 000 al primero, 10 000 al segundo y 5.000 al tercero. — Para campesinos. — Distancia, 1.000 metros.

Custanza.	1
Branca.	2
Boninha.	3

6.ª HANDICAP DE COMPENSACION. — Premio de la Sociedad: Reis, 20.000.

Ophelia.	4 años.	Mr. J. Attens.	1
Hamel.	3 »	» A. Anjos.	2

Rogamos a todos nuestros suscritores y amigos se sirvan remitirnos descripciones o notas de sus cacerías, que publicaremos con gusto.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 1,80 á 2 pesetas kilo. El pan de dos libras, de 0,42 á 60 céntimos de peseta. El carbon, á 0,22 kilógramo. El aceite, de 10 á 11 pesetas decálitro. El vino, de 7 á 8 decálitro. El trigo, á 31,47 el hectólitro. Y la cebada, á 18,52 el hectólitro.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solución del cuadrado del número anterior.

C	o	I	a
o	j	o	s
l	o	d	i
a	s	i	a

Para dar la solución en el próximo número.

- 1.º Rio caudaloso.
- 2.º Ruegos de los niños.
- 3.º Baile español.
- 4.º Animales feroces.

REGISTRO-MATRÍCULA DE CABALLOS.



El Reglamento para el Registro-matrícula de caballos de pura sangre se ha publicado en EL CAMPO de 16 de Junio, y los modelos concernientes al mismo, en el de 1.º de Agosto.

PROPIETARIO,
D. J. Luis Albareda.

Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivedeneyra,
IMPRESORES DE LA REAL CASA.
Paseo de San Vicente, 20.

ANUNCIOS.

CORTIJO.
SASTRE.
ESPECIALIDAD EN TRAJES DE CAZA Y CAMPO.
VARIADO Y ESPECIAL SURTIDO
EN
Panas, Driles, Gamuza y Becerro anteado
PARA LA ROPA CITADA.
Se hacen trajes á precios económicos para
guardas de campo.
GRAN SURTIDO EN LEGUIS Y POLAINAS DE DRIL
Y LONA IMPERMEABLE.
25, Atocha, 25, principal.
MADRID.

Servicios de la Compañía Transatlántica
DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

CON ESCALAS Y EXTENSION Á

LAS PALMAS, puertos de las ANTILLAS, VERACRUZ y PACIFICO

SALIDAS TRIMENSUALES DE

Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE SETIEMBRE

El día 10, de Cádiz, el vapor **CATALUÑA**.

El día 20, de Santander, el vapor **ALFONSO XII**.

El día 30, de Cádiz, el vapor **CIUDAD CONDAL**.

VAPORES-CORREOS Á MANILA

CON ESCALAS EN

PORT-SAID, ADEN y SINGAPOORE, y servicio á ILOILO y CEBÚ

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, el 15; Coruña, el 17; Vigo, el 18; Cádiz, el 23; Cartagena, el 25; Valencia, el 26, y Barcelona, el 1.º firmante de cada mes.

El vapor **VERACRUZ** saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

SERVICIO COMERCIAL Á FILIPINAS

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, el último día del mes; Santander, el 3; Cádiz, el 8, y Barcelona, el 15 de cada mes,

CON ESCALAS EN

PORT-SAID, ADEN y SINGAPOORE, y trasbordo para ILOILO y CEBÚ

El vapor **ISLA DE LUZON** saldrá de Barcelona el día 15 de Setiembre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en **Barcelona**: La Compañía Transatlántica, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio. — **Cádiz**: Delegación de la Compañía Transatlántica. — **Madrid**: D. Julian Moreno, Alcalá. — **Liverpool**: Sres. Larrinaga y C. — **Santander**: Angel B. Perez y C. — **Coruña**: D. E. da Guarda. — **Vigo**: D. R. Carreras Irigorri. — **Cartagena**: Bosch hermanos. — **Valencia**: Dart y C. — **Manila**: Sr. Administrador general de la Compañía General de Tabacos.



OPRESIONES

CATARROS, CONSTIPADOS

ASMA

NEURALGIAS

Aspirando el humo, penetra en el pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoración y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Exigir esta firma: J. ESPIC.)

Venta por mayor J. ESPIC, 428, rue St-Lazare, Paris.

Y en principales Farmacias de ESPAÑA: 2 fr. la caja.

SE VENDEN MADERAS Y CLICHÉS

DE LOS GRABADOS PUBLICADOS EN "EL CAMPO."

Darán razon en la Administracion del periódico,

Calle de VILLANUEVA, núm. 6.

Gran Panorama Nacional.

(PASEO DE LA CASTELLANA.)

BATALLA DE TETUAN,

por Castellani.

ABIERTO TODOS LOS DIAS, DESDE LA
SALIDA Á LA PUESTA DEL SOL.

ENTRADA: UNA PESETA.

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO
BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASISIS
Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION
20 años de éxito
DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
NAUSEAS DEL ESTOMAGO,
DIPESIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAJECIMIENTO, CONSUMCION,
CONVALESCENCIAS LENTAS,
VÓMITOS...
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.